D, R y F

Democracia, República y Fraternidad
Año 6, febrero de 2026 N ° 58
Revista digital de distribución gratuita

“Bajo el discurso de la inevitabilidad, se suspenden derechos, se privatizan servicios esenciales y se transfieren recursos públicos a actores privados”

Héctor A. Leis

Una publicación abierta al pensamiento crítico, el debate constructivo, el estudio riguroso y la participación activa, impulsada por quienes concebimos la política como un ideal de servicio y una herramienta para la transformación social.

Realización: Héctor Alberto Leis y Agustín García Ruiz
Diseño de tapa e ilustración: Roció Huilen Leis Genta
Correo: revistadrf@gmail.com

Por Agustín Lautaro García Ruiz

Que alguien nos salve de nuestro salvador

Cuando el fascismo aprendió a sonreír dejó de parecerse a lo que nos habían contado en los manuales. Ya no entró pateando puertas ni marchando en filas perfectas. Entró pidiendo permiso. Entró diciendo ***"buen día"***. Entró con slogans positivos, con promesas de orden, con la voz baja y la mirada fija. Por eso costó tanto reconocerlo. Porque no se presentó como monstruo, sino como solución.

Nos enseñaron a temer al fascismo de uniforme, al que quema libros y encarcela opositores a plena luz del día. Pero el fascismo contemporáneo entendió algo clave: no necesita imponerse por la fuerza si puede seducir. No necesita violencia explícita si logra que la violencia parezca necesaria. No necesita censura si consigue que la gente se autocensure. Aprendió a sonreír, y en esa sonrisa hay algo más peligroso que el grito: la normalización.

Todo empieza en lo cotidiano. En conversaciones aparentemente inofensivas donde se instala la idea de que hay gente que ***"sobra"***, que ***"estorba"***, que ***"no aporta"***. Se empieza hablando de eficiencia, de meritocracia, de sacrificios inevitables. El lenguaje se vuelve técnico, deshumanizado. Ya no se habla de personas, sino de costos, cargas, números. Cuando alguien intenta devolver humanidad a la discusión, se lo tilda de ingenuo, de sentimental, de enemigo del progreso. La empatía pasa a ser una falla moral.

El fascismo que sonríe no odia de inmediato: clasifica. Divide. Ordena el mundo en categorías simples que alivian la angustia de pensar. De un lado los que ***"merecen"***, del otro los que ***"abusan"***. De un lado los ***"productivos"***, del otro los ***"parásitos"***. No importa cuán falsas sean esas etiquetas: lo importante es que ofrezcan un relato cómodo, uno donde el mal siempre está afuera y nunca en el espejo.

El mensaje se repite hasta volverse paisaje. Está en los medios, en las redes, en las charlas de sobremesa. No necesita ser coherente, solo constante. Se contradice sin pudor porque no busca convencer racionalmente, sino desgastar. Cansa al que cuestiona, abruma al que duda, tranquiliza al que quiere creer. La mentira deja de ser un problema cuando se convierte en ruido de fondo. Y el ruido, con el tiempo, anestesia.

Así se construye el consentimiento. No el entusiasmo de masas exaltadas, sino algo más gris y más eficaz: la resignación activa. La idea de que ***"no hay alternativa"***, de que ***"es esto o el caos"***. El fascismo sonriente se presenta siempre como el último dique antes del abismo. Todo lo que haga, por brutal que sea, queda justificado por ese relato de emergencia permanente. El estado de excepción deja de ser una excepción y se convierte en la norma.

Cuando llegan las exclusiones ya no sorprenden. Primero son simbólicas: una burla, un meme, un insulto disfrazado de chiste. Después son materiales: un derecho que se quita, un beneficio que se elimina, una protección que se considera privilegio.

No gobierna solo desde el Estado. Se expande como una red. Se mezcla con el poder económico, con el mediático, con el judicial. No necesita leyes justas si tiene jueces amigos. No necesita argumentos si controla micrófonos. No necesita consenso si compra silencios. El poder deja de ser institucional y se vuelve familiar, endogámico, blindado. Se reconocen entre ellos, se protegen, se reproducen. El resto mira desde afuera, con la sensación difusa de que algo está mal pero sin saber exactamente dónde tocar.

Y entonces aparece la figura más peligrosa de todas: el salvador. El que dice hablar en nombre del pueblo pero desprecia a la gente concreta. El que promete limpieza mientras ensucia todo lo que toca. El que señala enemigos para no rendir cuentas. El que pide paciencia mientras acumula poder. El salvador siempre necesita sacrificios ajenos, nunca propios. Y siempre exige gratitud, incluso por el daño.

Lo más aterrador no es que existan líderes así. La historia está llena. Lo verdaderamente inquietante es lo fácil que es colaborar con ellos sin darse cuenta. Basta con callar cuando habría que hablar. Con mirar para otro lado cuando incomoda. Con repetir consignas para no quedar afuera. El fascismo que sonríe no necesita soldados fanáticos: le alcanzan ciudadanos cansados, asustados, distraídos. Personas comunes que eligen la tranquilidad del encuadre antes que el riesgo de la disidencia.

Por eso la pregunta no es solo cómo llegan, sino cómo nos quedamos. Cómo aceptamos que el miedo organice la vida

pública. Cómo toleramos que la crueldad se vista de sentido común. Cómo permitimos que la justicia sea reemplazada por la venganza y la política por el castigo. El fascismo no triunfa cuando toma el poder, sino cuando logra que su lógica parezca natural.

Que alguien nos salve de nuestro salvador no es un pedido ingenuo, es un grito lúcido. Nadie va a venir a rescatarnos desde afuera. La única salvación posible empieza cuando dejamos de sonreírle al autoritarismo, cuando recuperamos la incomodidad de pensar, cuando volvemos a llamar a las cosas por su nombre. Empieza cuando entendemos que ningún orden vale el precio de la deshumanización, que ningún futuro se construye sobre la negación, visibles o invisibles.

El fascismo aprendió a sonreír. Ahora nos toca a nosotros aprender a no devolverle la sonrisa. A sostener la mirada. A decir no, incluso cuando tiembla la voz. Porque si algo hemos aprendido es que el silencio nunca fue neutral. Y que siempre, demasiado tarde, alguien termina preguntándose en qué momento todo se volvió normal.

"Maquiavelo ha muerto"

El pasaje del discurso de **Javier Milei** en Davos en el que proclama, de manera enfática, que **"Maquiavelo ha muerto"** no es una frase ingenua ni meramente retórica. Condensa, en pocas palabras, una operación política, simbólica e ideológica cuidadosamente calculada. Para comprender por qué el presidente libertario recurre a esta afirmación, es necesario analizar tanto su función discursiva como sus profundas contradicciones internas.

En primer lugar, **Milei** invoca a **Maquiavelo** como un emblema simplificado del realismo político, reducido al estereotipo según el cual **"el fin justifica los medios"**. Frase que jamás dijo **Maquiavelo**. Esta lectura, ampliamente difundida pero conceptualmente pobre, le permite construir un antagonismo cómodo: de un lado, una política cínica, instrumental y amoral; del otro, su propuesta, que se presenta como una síntesis superadora entre eficiencia y moral occidental. Al declarar **"muerto"** a **Maquiavelo**, **Milei** intenta clausurar un debate histórico complejo para instalar la idea de que su proyecto rompe con toda tradición política previa contaminada por el pragmatismo.

Sin embargo, esta operación revela una incongruencia central. **Maquiavelo** no defendía la inmoralidad como valor, sino que describía crudamente cómo opera el poder en contextos reales. Su obra no prescribe el cinismo, sino que desnuda la distancia entre la ética privada y la lógica del Estado. Al negar esa tensión, **Milei** no supera a **Maquiavelo**: la niega. Y al hacerlo, oculta que toda política pública, incluso la liberal-libertaria, implica elecciones trágicas, costos sociales y decisiones que afectan intereses concretos.

El segundo motivo de sus dichos reside en la necesidad de legitimar un programa económico de fuerte impacto social mediante un ropaje moral. Al afirmar que no existe contradicción entre eficiencia y ética, **Milei** convierte su ideología económica en una verdad moral incuestionable. Así, el mercado deja de ser una herramienta y pasa a ser un principio ético en sí mismo. Toda crítica a sus políticas puede entonces ser presentada no como una diferencia racional, sino como una desviación moral o una amenaza a **"los valores de Occidente"**.

Además, la frase cumple una función performativa ante el auditorio de Davos. **Milei** se presenta como un outsider que viene a decir verdades incómodas a las élites globales, aun cuando su discurso esté perfectamente alineado con los intereses históricos de ese mismo foro. Declarar la muerte de **Maquiavelo** es, en este contexto, una forma de anunciar el fin de la política entendida como negociación, mediación y conflicto, reemplazándola por una supuesta verdad técnica y moralmente pura.

Finalmente, la paradoja es evidente: al negar el realismo político, **Milei** practica una forma extrema de maquiavelismo discursivo. Simplifica al enemigo, sacraliza su doctrina y utiliza el lenguaje moral como herramienta de poder. **Maquiavelo**, lejos de haber muerto, reaparece precisamente en esta pretensión de ocultar la política detrás de una moral absoluta.

Dr. Agustín Lautaro García Ruiz, abogado, secretario de la Juventud Radical de Lanús, CSO de Divergente Digital

https://divergente.digital/

Por Loris Zanatta

Milei, matando a Maquiavelo

Publicado en Clarín el 26 de enero de 2026.

En Davos, **Javier Milei** da lo mejor de sí mismo. O lo peor, depende. Hablar ante los poderosos lo exalta. ¿A quién no le pasaría? Pontifica y profetiza. Vuela alto, muy alto. Tan alto, este año, que me recordó a **Perón**. En el Congreso Mundial de Filosofía de 1949, en Mendoza, leyó un discurso repleto de complejas citas de autores famosos. Amigo pero pérfido, el padre **Benítez** comentó que ***"no los comprendía"***.

Sería injusto decir eso de **Milei**: conoce bien a los autores que cita, son la fuente de su fe. Pero, ¿lo habrá entendido el público? ¿Habrá captado el texto sagrado en forma de texto académico? Lo descarto. Salvo el incipit y las conclusiones. El primero porque al principio aún se está concentrado. Las segundas porque se intuye el ansiado final.

El incipit debía calentar el ambiente, ***"épater les bourgeois"***: ***"Hoy les anuncio que Maquiavelo ha muerto"***. ***"De modo categórico"***, claro. La comicidad involuntaria es la más divertida. Hemos digerido la muerte de Dios, también digeriremos esto. ¡De todos modos resucitan! Dentro de un siglo se seguirá estudiando a **Maquiavelo**, a **Milei** no sé.

Las conclusiones no se quedaron atrás: ***"Les traigo buenas noticias, el mundo ha comenzado a despertar"***. Un profeta. O Papá Noel. Curioso: el mundo está patas arriba, los jefes de Estado se lanzaban bofetadas y amenazas, pero **Milei** anunció ***"el despertar"***. Los profetas ven cosas que nosotros no vemos. Por eso parecen trastornados. Pero no tan originales. Su visión del mundo, digámoslo, es muy básica. Despojada del énfasis con que la infla, es una visión maniquea, típica de todo populismo: la historia como eterna lucha del Bien contra el Mal.

Para **Milei**, el bien es el capitalismo y el mal es el socialismo. Fácil, ¿no? Siempre he defendido las virtudes de la economía de mercado y los daños del estatismo. Pero no tolero que se reduzca la complejidad a la banalidad. **Milei** practica el marxismo al revés. Y, además, el marxismo más burdo y vulgar. Llama Bien a lo que él llama Mal y listo. Los ideal-tipo, los conceptos, no existen en la realidad, en la historia. Quienes los utilizamos deberíamos saberlo. Sirven para organizar el caos. Pero si pretenden transformarse en leyes de la historia y señalar el fin de esas leyes, se convierten en historicismo: la idea se eleva a ideología, la ideología a dogma, el dogma a fe, la fe a mesianismo, el mesianismo a totalitarismo. De ahí la lucha de **Karl Popper** contra ***"la miseria del historicismo"***. **Milei** va por buen camino.

De los totalitarismos, comparte la escatología salvífica: ***"El capitalismo de libre empresa es el único sistema justo"***. No solo encarna el Bien, sino que lo encarna todo. Con él termina la historia y reina la armonía, sueño totalitario si hay uno. Y comparte el mito del ***"hombre nuevo"***: los ***"mercados libres nos hacen mejores personas"***. Otro más, se reiría **Kant**, que quiere enderezar la madera torcida de la humanidad. Son los más peligrosos.

Pero, ¿qué es, en concreto, el capitalismo? ¿Y el socialismo? ¿Son iguales en todas partes? ¿No importa el contexto cultural, la estructura social, el marco institucional? ¿Producen siempre el mismo efecto? Obviamente no: son construcciones históricas en constante cambio, tienen infinitos matices más o menos dañinos o virtuosos, según la influencia de factores no económicos que **Milei** no contempla ni conoce.

Un ejemplo: yo vivo en Bolonia, una ciudad roja gobernada hace muchas décadas por comunistas y herederos. Tengo amigos en Bérgamo, una ciudad blanca gobernada hace muchas décadas por ***"católicos sociales"***. Todos ***"socialistas"***, diría **Milei**. Ahora, la renta media per cápita es de 37 000 dólares anuales, una de las más altas de Europa. ¿Se deduce de ello que el socialismo produce riqueza? Claro que no. Sí se deduce, sin embargo, que, tal y como los utiliza **Milei**, capitalismo y socialismo son porras ideológicas y nada más: meter en el mismo saco al chavismo venezolano y a la socialdemocracia europea es una burrada. El problema es que, como todo fanatismo, el fanatismo de mercado de Milei no es inofensivo. Para empezar, es incompatible con la democracia: si tengo el monopolio del Bien, si mi idea es la única verdadera y justa, ¿por qué admitir el pluralismo, por qué ceder el poder al Mal?

La democracia nació de la lucha contra esa concepción confesional de la política. ¿Será por eso que, a pesar de despreciar al Estado, **Milei** quiere potenciar y controlar sus instrumentos más poderosos y oscuros? El decreto sobre los servicios secretos huele a Estado policial. Pero también es incompatible con el desarrollo. **Joel Mokyr**, recién galardonado con el Premio Nobel de Economía, lo ha estudiado bien y a fondo: el despegue occidental no se debió a la aplicación de una ***"idea justa"***. Fue el resultado no planificado de la circulación y la competencia entre ideas diferentes. Del pluralismo.

Igual, no pasa nada, **Milei** nos redimirá. Al devoto séquito de **Donald Trump**: ***"América será el faro de luz que vuelva a encender a todo Occidente"***. Curioso: si hay alguien a quien no le importa nada Occidente como civilización, ese es **Trump**.

¿Pero qué Occidente? El basado, explica **Milei**, ***"en la filosofía griega, el derecho de los romanos y los valores judeocristianos"***. Suena, de nuevo, a banalidad. Si no excluyera a propósito la tradición ilustrada. Si no fuera la fórmula mil veces usada por fascistas y neofascistas, por todos aquellos que achacan al liberalismo ilustrado la ***"decadencia occidental"***.

Es la misma idea de Occidente, nada casualmente, invocada por **Perón** en Mendoza para dar fundamento histórico a la **«comunidad organizada»**, un orden basado en la unidad de fe, la fe justicialista, e inmune al pluralismo. Con lo cual, se diría que Argentina sigue oscilando entre el populismo de izquierda y el de derecha, el populismo de Estado y el de mercado. Sin asumir que el problema es el populismo en su cultura política.

Loris Zanatta es profesor de Historia de América Latina en la Universidad de Bolonia, Italia. Entre sus obras se destacan Del Estado liberal a la nación católica. 1930-1943 (Buenos Aires, 1996), Perón y el mito de la nación católica. 1943-1946 (Buenos Aires, 1999), Historia de la Iglesia argentina (con R. Di Stefano, Buenos Aires, 2000), Breve historia del peronismo clásico(Buenos Aires, 2009), Eva Perón. Una biografía política (Buenos Aires, 2011) e Historia de América Latina. De la colonia al siglo XXI (Buenos Aires, 2012).

Por Enrique Illia

Gobiernos de ultraderecha

Publicado en PREGON RADICAL

Los gobiernos de ultraderecha combaten: al Estado de bienestar; la recaudación de impuestos; los gravámenes a los más ricos; el principio de legalidad; las constituciones; el orden democrático; los migrantes.

Simultáneamente segregan a las minorías, atacan todas las formas de redistribución; es el triunfo del más fuerte (**creen en el Darwinismo social**), no creen que el Estado deba brindar oportunidades. Pretenden regresar a la época que describe **Hobbes** (**1651**) en el Leviatán, cuando se imponían las fuerzas de la naturaleza humana (**las personas egoístas dominan por la ley del más fuerte**). **Hobbes** sostiene la necesidad del Estado para evitar la pelea de todos contra todos a modo de garante de la convivencia. Aceptar el respeto a una fuerza mayor que imponga el orden como parte de un acuerdo social.

Milei sostiene ***"Maquiavelo está muerto"***. Pretende liderar la pelea contra **Nicola Maquiavelo** (**1515**) porque se opone a la concepción de las fuerzas de la naturaleza en la cual, los seres humanos, podríamos estar destinados a un autogobierno en el que los pueblos pueden elegir su camino soberano. Este presidente rechaza las ideas de **Maquiavelo**. Las rechaza en defensa del libre mercado; ataca al Estado y le suma ajuste y apertura indiscriminada; reprime la protesta social; apuesta a un modelo financiero en el que el dinero genere dinero.

Milei defiende la ideología de ultraderecha, la que persigue destruir el Estado, el orden conocido con la finalidad de someter y dominar, entregar los recursos naturales a los sectores concentrados que manejan el poder económico y las tecnologías. Somos manipulados. No existe una fecha precisa; paulatinamente se erosionó lo que conquistó la democracia a partir de 1983, después de la dictadura de 1976/1983. El Estado de Derecho junto con las libertades individuales, la seguridad jurídica, el esfuerzo en garantizar los derechos humanos. El funcionamiento pleno del Estado y las instituciones dejó de ser valorado: se abandonó el titánico esfuerzo en brindar políticas sociales para reparar el daño de una dictadura salvaje.

Con la democracia conquistada, el **Plan Alimentario Nacional** (**PAN**), la salud y la educación, se revirtieron los índices de pobreza pero no fue suficiente. Restaurar la Democracia, generar progreso y bienestar, implicaron logros que se naturalizaron sin percibir que la sociedad demandaba otras necesidades. Probablemente no lo entendimos o no explicamos las profundas limitaciones que nos dejó la dictadura y su proyecto económico recesivo junto con una fantástica deuda externa. No pudimos cumplir con esas demandas sociales y económicas.

En la Argentina de 1990, creíamos que el mercado resolvía los problemas,. Las experiencias institucionales de **Menem**, **Macri** y ahora con **Milei**, han sido períodos con políticas parecidas repitiendo lo que fracasó en la dictadura del 76 al 83.

No se consigue crecimiento, desarrollo y distribución con ajuste, tampoco con proyectos sociales que no se financien genuinamente y mucho menos con corrupción.

Dejamos de defender lo conseguido con la militancia, la movilización, la palabra, los argumentos, los debates en las Universidades, en las entidades intermedias del comercio, la producción y el trabajo. Nuestras organizaciones y partidos fueron colonizados por quienes adoptaron el perverso proceso de financiar la política, la corrupción, el juego, el capital de dudoso origen (**ver: Levitsky y Siblat *"Cómo mueren las Democracias"***), instalando en las conducciones partidarias y en las listas electorales, personas que respondían a sus propios intereses y a las corporaciones. Aquellas conductas extrañas a la **UCR**, lograron dividirnos, aislarnos, enfrentarnos. La desigualdad y la fragmentación nos hizo individualistas y desconfiados; y ello nos puso a la defensiva.

Es imperioso correrno s de la lógica de la pelea y la descalificación. Los medios de comunicación y las redes influyen y provocan falsos debates que nos ponen en el dilema de elegir falsas opciones.

En diferentes países, observamos diariamente las respuestas políticas que sus habitantes, en EE.UU, España, Dinamarca, Groenlandia, etc., adoptan contra la represión violenta impulsada por **Trump**. Frente a los atropellos aparecen infinidad de respuestas, movilizaciones contra la guerra, la violencia doméstica, en defensa del territorio, de los recursos naturales, del ambiente, del agua.

En nuestro país nos hemos movilizado en defensa de la educación, de la salud, de la discapacidad, de las fuentes de trabajo y todos y cada uno se movilizan para defenderlas. El Gobierno nacional tiene la lógica de los gobiernos de ultraderecha, con ajustes en estos últimos dos años en todas la áreas, atacando al Estado, a las áreas sociales, a las universidades públicas no aranceladas, a la producción, a la obra pública. El daño al tejido social y al aparato productivo lo delata la cantidad de empresas que cierran y los numerosos empleos formales perdidos.

Mientras tanto, el negocio financiero, la entrega del petróleo, gas, minerales, etc., se potencian en tanto son sectores que demandan poca mano de obra. Si queremos defender la Democracia y la República, debemos movilizarnos colectivamente porque están atacando al tejido social y al aparato productivo y ello significa que nos atacan a todos. Tenemos que defender la Democracia, al Estado en el rol de articular los recursos públicos y privados, para poner en marcha un plan nacional de desarrollo.

De las crisis y del ajuste se sale con inversión en proyectos productivos, que generen trabajo, aumenten la producción, fortalezcan el mercado interno y aumenten las exportaciones.
Para distribuir hay que generar riqueza.

Tenemos que poder hacer una gran movilización junto a todos los sectores y grupos atacados por estas políticas de ajuste y apertura, para defender la Democracia y una idea de país solidario, que crezca, se desarrolle y distribuya.

Enrique Illia, Médico y dirigente de la Primera Museo Casa Natal. Presidente Fundación Arturo Illia para la Democracia y la Paz.

Por Jorge Lapeña

La agenda energética y sus desafíos urgentes

Publicado en Clarín el 7 de enero de 2026.

El presidente **Javier Milei** inició la segunda mitad de su mandato, y la incógnita mayor que despierta su gestión consiste en dilucidar si su gobierno tiene para la Argentina un objetivo de desarrollo; o si por el contrario, continuará su deriva decadente que la lleve a un status ***"sin pan y sin trabajo"*** para una mayoría de argentinos, incluyendo en ello a la otrora fortísima clase media.

Es una anomalía que Argentina, a mitad de mandato de un gobierno elegido por cuatro años, en un reñido balotaje, tenga un Presupuesto Nacional donde la obra pública no juegue un rol importante. También lo es carecer de planes sectoriales que se integren a su vez en un ***"Plan Nacional de Desarrollo"*** que permita inferir hacia dónde irá la Argentina en los próximos 30 años.

El atraso de años del Presupuesto Nacional explica por sí mismo el atraso de la Argentina. Carecer de un Plan Nacional de Desarrollo impide proyectar la disminución de la pobreza y el crecimiento del empleo.

No existe una estrategia explicita que aliente el crecimiento sostenido de nuestra industria y la competitividad mundial de la misma. En Argentina, tanto el imaginario colectivo como el discurso gubernamental y empresarial confían en un despegue productivo -**no fundado en estudios serios todavía**- en que la energía y la minería jugarán un rol central en los próximos lustros. En ambos casos la llave del desarrollo sería la exportación de productos primarios sin valor agregado industrial.

En ambos casos, la posibilidad de colocación de esos productos en el mercado mundial en forma competitiva depende de condicionalidades que Argentina todavía no ha analizado en profundidad. Entre ellas, los precios de mercado a los cuales nuestros productos serían realmente competitivos.

El proceso de Transición Energética mundial, la evolución progresiva de la movilidad eléctrica, las emisiones de gases de efecto invernadero y sus consecuencias, son fenómenos ignorados en las decisiones energéticas del Gobierno. El extraordinario crecimiento tecnológico y aumento de la productividad de China y otros países del sudeste asiático y de Asia, muestran que será difícil para Argentina competir en mercados lejanos con productos primarios petróleo, gas natural, carbón, y también con manufacturas industriales como caños para gasoductos y otros insumos y maquinarias

Los precios actuales en boca de pozo del gas natural que pagan los argentinos no son precios de competencia para ser ofrecidos en el mercado mundial de GNL y podrían no ser competitivos. Por otra parte la lejanía de Argentina respecto a los mercados de gas y petróleo mundiales debería ser considerada a la hora de anunciar proyectos energéticos que todavía son inmaduros.

En los últimos cuatro años hemos presenciado la caída de proyectos de exportación anunciados oficialmente que demostraron la inmadurez de los mismos. Muchos son los anuncios realizados durante el gobierno del presidente **Milei** en 2024 y 2025 que deberán ser revisados.

La política de Hidrocarburos se debería focalizar en ampliar nuestras fronteras petroleras y gasíferas. Es un imperativo geopolítico explorar nuestra plataforma económica exclusiva del Atlántico, dejando de lado la pasividad actual.

Existe un problema grave –**heredado por el actual gobierno pero no resuelto**- y debe ser comentado por tratarse de un fenómeno de época no explicado ni resuelto por la Secretaría Energía. Se trata de la ***"probada incapacidad del sistema eléctrico argentino"*** para abastecer la demanda máxima solicitada por los consumidores durante el verano en los días en que la temperatura media diaria llega a aprox. a los 33° C (se trata de días calurosos de diciembre, enero y febrero en los cuales la temperaturas mínimas diarias se ubican en aprox. los 25 ° C y las temperaturas máximas diarias pueden superar los 38 °C).

La experiencia prueba que el Sistema Eléctrico no puede abastecer la demanda solicitada por los usuarios teniendo que recurrir al corte del suministro, provocando serios problemas al funcionamiento en la zona del AMBA. En esos casos el sistema argentino requiere el aporte de Energía Eléctrica de Brasil y Paraguay, razón por la cual creemos importante mantener fluidas relaciones de amistad y cooperación con ese grupo de países hermanados por la geografía y también por la historia.

En la reciente madrugada del 31 de diciembre a la 1.30 am se produjo un corte de proporciones en la Estación Transformadora Bosques de Edesur; sin que todavía se hayan informado las causas del siniestro; el enorme apagón que afectó a más de un millón de usuarios afectó del CABA y GBA. El momento en que se produjo el corte del suministro

no era de alta demanda eléctrica del sistema. El corte afectó a la CABA desde el sur hasta el barrio de Retiro; el servicio fue recuperado a las 3.15 am.

Este corte eléctrico repitió -**sin razón técnica aparente**- el de marzo de 2025, que provocó un colapso eléctrico sin precedentes en GBA, generando a su vez un caos de tránsito pocas veces visto en la CABA.

Para finalizar: el sistema eléctrico del AMBA tiene déficits crónicos que deben ser resueltos por la Secretaría de Energía. Es necesario instalar nuevas centrales eléctricas, para reemplazar el equipo obsoleto. Deben renovarse cables de media y baja tensión del AMBA obsoletos, especialmente en el área de Edesur; y ampliar la Red Extra Alta Tensión en 500 KV que abastece CABA y GBA.

Jorge Lapeña, Ingeniero Industrial; Presidente de la Comisión Directiva en Instituto Argentino de la Energía "General Mosconi"

Por Roberto Gargarella

El constitucionalismo como "traje chico"

Publicado en Clarìn el 9 de enero de 2026

Debemos ir hacia arreglos institucionales que vuelvan a dotar de contenido democrático a nuestra vida compartida.

En nuestro país, como en tantos, vivimos una debacle del constitucionalismo democrático. Este hecho se verifica casi cada día: un caprichoso incumplimiento de las leyes, por parte del Presidente (**ie., financiamiento universitario, discapacidad**); designaciones que se hacen en el Congreso, violando todos los reglamentos establecidos (**ie., Auditoría General de la Nación**); decisiones judiciales urgentes, que se demoran, sin razón alguna que lo justifique, durante más de una década (**ie., regulación de los DNU**).

Este goteo cotidiano de miserias termina por generar, también, resultados de espanto. Entre ellos, destacaría la desafección o hastío que embarga a una ciudadanía que reconoce, sensatamente, que las autoridades públicas harán o dejarán de hacer exactamente lo que les venga en gana. Y es que, en los hechos -**lo sabemos**- la voz ciudadana -**la nuestra**- no cuenta. Como si nos dijeran: ***"ya han votado, ahora háganse a un lado."***

Por supuesto, debe señalarse que, frente a la crisis, todas las alternativas que se nos proponen, orientadas finalmente a suprimir al constitucionalismo democrático, prometen empeorar aún más lo malo que tenemos. Esto es decir: menos poder ciudadano, más discrecionalidad para el Presidente -la consolidación de lo que **Bruce Ackerman** denominara ***"presidencias imperiales"***.

La pregunta es, entonces ¿podemos hacer algo para mejorar lo que tenemos, en lugar de socavarlo? La respuesta es, sin dudas, positiva, pero para ello resulta imprescindible precisar, antes que nada, nuestro diagnóstico: ¿Qué es lo que queremos cambiar? ¿Por qué razones? ¿Hacia dónde?

Señalo esto porque, de manera demasiado habitual, los latinoamericanos nos embarcamos en reformas mayores -**ie., constitucionales**- que terminaron resultando auto-frustrantes, por su ambición enorme, con rumbo equivocado.

Ello así, por ejemplo, a través de la incorporación de decenas de nuevos derechos constitucionales, que se acompañaron de (**o vinieron a cambio de**) un reforzamiento de los rasgos presidencialistas, o menos democráticos, de nuestra organización del poder (**ie., reelección, decretos de necesidad y urgencia, etc.**).

Un diagnóstico apropiado, según entiendo, debería conducirnos en la dirección opuesta a la transitada en estas décadas. Nuestro problema (**constitucional**) no es la falta de derechos, sino el mantenimiento de una estructura de poder poco democrática.

Los nuevos derechos enumerados (**que -vale aclararlo- bien incorporados están, en su gran mayoría**) sirven de poco si, como ciudadanos, quedamos condenados a peregrinar pacientemente hacia los tribunales, o a pedirle de rodillas al Presidente, por derechos que, finalmente, los funcionarios nos otorgarán o no, conforme a su estado de ánimo.

Las prácticas en las que se ha degradado el constitucionalismo, en estos tiempos, llevan entonces a que derechos que son ***"nuestros"*** e incondicionales, terminen convirtiéndose en ***"concesiones"*** a cargo del poder de turno, y así convertidos en **"privilegios"** que sólo sirven para reforzar el poder (**y el poder de extorsión**) de las autoridades constituidas.

Mi impresión es que, en el último siglo, el constitucionalismo se fue transformando en un ***"traje chico"*** para nuestras crecientes (**y razonables**) demandas democráticas. Como un ***"traje"*** diseñado para un niño o niña, en sus primeras celebraciones, y que insistimos con volver a colocarle hoy, cuando ya nos encontramos frente a un adulto, corpulento y desarrollado.

Podemos suponer que el ***"traje"*** del constitucionalismo estuvo muy bien diseñado, y que sirvió perfectamente para albergar a un cuerpo social que era muy distinto del que hoy tenemos. En la actualidad, las necesidades y fines son otras, y el cuerpo ha cambiado de modo extremo, por lo cual no basta con agregarle botones al traje, o alargarle las mangas, o subirle el talle.

Las viejas sociedades no sólo eran más pequeñas sino, fundamentalmente, otras: sociedades divididas en pocos grupos internamente homogéneos (**ie., entre *"capital"* y *"trabajo"***), en donde una porción significativa o mayoritaria se encontraba excluida, en los hechos, de la participación democrática.

Hoy, nos encontramos no sólo con sociedades compuestas por millones de personas (**esto es lo obvio**), multiculturales y heterogéneas, formadas por personas con identidades multifacéticas (**nadie es hoy, *"simplemente",* obrero o empresario)** sino, además, con sociedades democráticamente ***"empoderadas"***, compuestas por ciudadanos que se asumen, con razón, ***"dueños"*** de un poder que ***"otros"*** **(la clase dirigente, *"la casta"***) le arrebatan.

El ***"traje"*** del constitucionalismo democrático, entonces, debe cambiar (**y no *"obligadamente,"* a través de una reforma constitucional**). Podemos empezar a discutir, ahora, sobre los detalles de ese cambio, pero la razón y la dirección deben ser claras. No necesitamos ***"más concentración del poder"***; es decir, no necesitamos un traje todavía más chico.

Debemos ir hacia arreglos institucionales que vuelvan a dotar de contenido democrático a nuestra vida compartida. Y el ***"traje"*** del constitucionalismo debe hacer posible (**en lugar de asfixiar o imposibilitar**) a esa ambición democrática.

Roberto Gargarella, es abogado y sociólogo de la Universidad de Buenos Aires y Doctor en Derecho de la misma universidad y de la Universidad de Chicago (EE.UU.), con estudios post-doctorales en el Balliol College de la Universidad de Oxford (Reino Unido). Profesor de Teoría Constitucional y Filosofía Política en la Universidad Torcuato Di Tella y de Derecho Constitucional en la Universidad de Buenos Aires.

Por Daniel Sabsay

La inconstitucionalidad manifiesta de un proyecto de ley

Publicado en La Nación el 10 de enero de 2026.

2025 fue declarado por las Naciones Unidas como el Año Internacional de Conservación de los glaciares. Esta declaración busca sensibilizar a la opinión pública mundial sobre el papel fundamental de los glaciares, la nieve y el hielo en el sistema climático y el ciclo hidrológico.

Hace 15 años la Argentina fue pionera en el nivel mundial al sancionar la ley de glaciares (**ley 26.639**). Una norma que protege a los glaciares de todo el país como reservas estratégicas de agua para consumo humano, para la agricultura, para la recarga de cuencas hídricas, para la biodiversidad y como fuente de información científica y atractivo turístico. De conformidad con la distribución de competencias que establece el art. 41 de la Constitución nacional (**CN**), se trata de una ***"ley de presupuestos mínimos"***; más adelante volveremos sobre esta cuestión. De conformidad con la mencionada cláusula, la Nación fija una suerte de piso y las provincias, las normas complementarias.

Esta ley histórica se encuentra en jaque por un proyecto de ley enviado por el Poder Ejecutivo nacional al Congreso durante las sesiones extraordinarias que, bajo el pretexto de interpretarla, en realidad lo que hace es modificar su núcleo duro, desguarneciendo la protección ambiental de la que hoy gozan los glaciares y el ambiente periglaciar. El proyecto de ley, al que denominaremos ***"antiglaciares"***, se aleja de la interpretación literal de la ley, de la finalidad que tuvieron en miras los legisladores al sancionarla y de la interpretación contextual en un escenario de crisis climática, para presentar una interpretación hecha a la medida de los proyectos mineros que buscan utilizar el agua de los glaciares y, para hacerlo, necesitan previamente derribar la ley de glaciares.

El proyecto de ley en cuestión no es una ley interpretativa porque no viene a aclarar conceptos oscuros o dudosos, sino que lo que hace es vaciar de significado el rol que ocupa el Instituto Argentino de Nivología y Glaciología (**Ianigla**) como autoridad científica a cargo del inventario de glaciares, habilita la minería, la actividad petrolera y grandes obras de infraestructura en zonas en las que actualmente se encuentran prohibidas y otorga a las provincias la facultad de definir dónde se encuentran los glaciares y el ambiente periglaciar y qué protección merecen. De esta manera, se configura una inconstitucionalidad manifiesta en virtud de que el proyecto de ley ***"antiglaciares"*** vulnera a todas luces la distribución constitucional de competencias ambientales prevista en el artículo 41 de la Constitución nacional.

En efecto, el citado artículo de nuestra ley primera, suprema y fundamental establece que el Congreso de la Nación es el encargado de dictar las leyes que establecen los umbrales mínimos de protección ambiental a lo largo y a lo ancho del país y son las provincias las encargadas de complementar esa

protección. Las provincias pueden ampliar y mejorar la protección, pero nunca perforar hacia abajo el piso mínimo de protección ambiental fijado por el Congreso de la Nación. Así funciona el federalismo de concertación, pero el proyecto de ley objeto de comentario propone un federalismo desconcertado o invertido en el que cada provincia fijará la protección o desprotección de sus recursos naturales a su mera conveniencia.

El proyecto de ley no solo desconoce el texto constitucional, sino también cómo funcionan los ecosistemas. En rigor, el ambiente y los glaciares no saben de fronteras. En este orden de ideas, el criterio discrecional de una provincia para definir la protección o el desarrollo de actividades extractivas sobre zonas glaciares o periglaciares tendría consecuencias importantes en los recursos hídricos de otras jurisdicciones. Sin una norma nacional, cada provincia podría establecer criterios distintos, generando desigualdad en la protección del agua y potenciales conflictos entre jurisdicciones por la gestión de cuencas. Se trataría de una suerte de competencia desleal.

No olvidemos que la ley de glaciares fue concebida como una política de Estado, de alcance nacional, basada en el principio de que el agua requiere un estándar común que garantice la igualdad de protección para todos los habitantes. La ley de glaciares nació a partir de un amplio consenso social y contó con asesoramiento científico de alto nivel. Ahora se busca modificarla de manera muy veloz y en sesiones extraordinarias.

La ley de glaciares es constitucional. Ya lo dijo la Corte Suprema de Justicia de la Nación en el caso ***"Barrick"***, en 2019. Frente a los embates a la ley de glaciares de parte del sector minero, nuestro máximo tribunal explicó que el Congreso de la Nación puede y debe fijar los presupuestos mínimos ambientales y que la ley de glaciares ordena el federalismo. No es casual que este fallo no aparezca citado entre los fundamentos del proyecto de ley. Su sola lectura refuta los argumentos sobre los que pretende estructurarse la propuesta de reforma a la ley de glaciares.

En su sentencia, la Corte pareciera homenajear al reconocido filósofo del derecho **Ronald Dworkin** al afirmar que ***"los derechos ambientales deben ser tomados en serio"***. Sin embargo, el proyecto de ley enviado por el Poder Ejecutivo no se toma en serio al ambiente, sino que condiciona su protección a intereses económicos que, más que una modificación, persiguen la derogación tácita de la ley de glaciares.

De prosperar el proyecto de ley ***"antiglaciares"***, quedaría asentado un precedente negativo y peligroso para el derecho ambiental argentino. Cualquier ley del Congreso de la Nación que fijara un criterio uniforme y un umbral mínimo de protección ambiental para todo el país podría ser modificada y reemplazada por dispares criterios entre provincias. Entre ellas, la ley de bosques, la ley de control de quemas y la ley de aguas. Por ello, resulta crucial que los senadores y los diputados defiendan sus atribuciones constitucionales en materia de legislación ambiental y rechacen este inconstitucional proyecto de ley.

Todos tenemos derecho al ambiente glaciar y periglacial y todos tenemos el deber de defenderlo. En la actualidad la materia ambiental está siendo desafiada desde el Poder Ejecutivo nacional, que niega el cambio climático y expreso un claro desprecio hacia aquella disciplina fundamental. Por ello, alzamos la voz para que se renuncie a tan negativa propuesta, que de todas maneras será declarada inconstitucional por la Corte Suprema de Justicia de la Nación de conformidad con el precedente ***"Barrick"*** mencionado. De esa manera se hará justicia.

Daniel Alberto Sabsay es un abogado y catedrático argentino especializado en derecho constitucional que actualmente se desempeña como Presidente de la Asociación Argentina de Derecho Constitucional

Divergente Digital

agustindivergentedigital@gmail.com

Por Lucas Gallastegui

Los caprichos de Ricky Ricón

Cuando el poder se ejerce sin límites, la soberanía se vuelve relativa y la paz, un concepto decorativo.

En un mundo atravesado por tensiones crecientes, donde la paz se sostiene más como un eslogan que como una realidad tangible, y donde la fraternidad entre los pueblos cede frente a la lógica descarnada del interés, lo último que se necesita son líderes mesiánicos o gobernantes guiados por el impulso y el ego. Sin embargo, el escenario internacional actual parece ir en sentido contrario.

El presidente de los Estados Unidos, **Donald Trump**, representa con claridad ese tipo de liderazgo personalista y disruptivo. En un contexto de fuerte polarización interna y cuestionamientos públicos persistentes, su política exterior se ha caracterizado por un desprecio cada vez más evidente por el derecho internacional y por el uso discrecional del poder como herramienta de disciplinamiento global.

Bajo consignas ya conocidas —**la *"lucha contra el narcotráfico"*, la *"defensa de la democracia"* o la *"seguridad hemisférica"***— Washington vuelve a legitimar prácticas que América Latina conoce demasiado bien: intervenciones encubiertas, presiones diplomáticas, sanciones económicas y acciones unilaterales que socavan la soberanía de los Estados. No se trata de episodios aislados, sino de un patrón histórico que reaparece cada vez que el orden mundial entra en crisis.

Venezuela vuelve a ocupar el centro de esa escena. Más allá de las críticas legítimas que puedan hacerse a su gobierno, las decisiones impulsadas desde Estados Unidos dejan al descubierto una constante: cuando un país concentra recursos estratégicos, en especial energéticos, su destino se vuelve una cuestión de ***"seguridad internacional"***. El petróleo, una vez más, funciona como telón de fondo de discursos que se presentan como morales, pero que responden a intereses geopolíticos concretos.

Para la Argentina, este escenario no es ajeno ni lejano. Nuestro país posee vastos recursos naturales —**energía, alimentos, minerales, agua**— que adquieren un valor creciente en un mundo cada vez más inestable. Pensar que estas dinámicas no podrían afectarnos es desconocer la historia regional y subestimar la lógica de poder que rige las relaciones internacionales. América Latina ya ha pagado demasiado caro el costo de la injerencia externa como para mirar estos procesos con indiferencia.

El tablero global, además, está en plena reconfiguración. El fortalecimiento de Rusia y el avance sostenido de China marcan el ocaso de un orden unipolar que Estados Unidos lideró durante décadas. Como ha ocurrido con otros imperios a lo largo de la historia, la etapa de declive suele ser la más peligrosa: aquella en la que se intenta sostener la hegemonía no mediante el consenso, sino a través de la fuerza, la intimidación y la imposición.
A este panorama externo se suma una profunda crisis interna en los Estados Unidos: tensiones raciales sin resolver, violencia institucional, desigualdad estructural y un liderazgo que oscila entre la grandilocuencia y la confrontación permanente. La paradoja alcanza ribetes casi grotescos cuando un presidente que promueve políticas de presión y conflicto se auto percibe como un garante de la paz global.

Frente a este contexto, resulta imprescindible que la comunidad internacional refuerce los mecanismos multilaterales y que organismos como las Naciones Unidas recuperen un rol activo y creíble. Para países como la Argentina, la defensa del derecho internacional, la soberanía y la solución pacífica de los conflictos no es una consigna ideológica, sino una necesidad estratégica.

Naturalizar el uso del poder sin límites es aceptar un mundo más injusto, más desigual y más inestable. Y en ese mundo, como siempre, los países del sur global son los primeros en pagar el precio de los caprichos del más fuerte.

Lucas Gallastegui, se desempeña como subsecretario en el ministerio del interior de Tucumán, Trabajo 20 años en el área privada y como consultor en materia de video plano. A cargo de proyectos como el reacondicionamiento térmico de Base Marambio. Jugador de rugby y entrenador.

Por Andrés Alfonsín

Trump, Milei y el orden internacional

La irrupción de **Donald Trump** en la política global no fue un episodio aislado ni anecdótico. Representó —**y aún representa**— una fractura profunda en el consenso democrático liberal que, con defectos y tensiones, sostuvo el orden internacional desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. El desprecio por el multilateralismo, la relativización del derecho internacional, la estigmatización del adversario político y la normalización del discurso de odio marcaron un retroceso que el mundo todavía paga.

Trump debilitó organismos internacionales, cuestionó alianzas históricas, legitimó liderazgos autoritarios y puso en duda reglas básicas de convivencia entre naciones. Cuando una potencia central abandona la cooperación y el respeto por las normas, el mensaje que se irradia es peligroso: la ley del más fuerte vuelve a imponerse sobre el derecho.

Milei y el apoyo irrestricto a Trump: una toma de partido contra la democracia

El respaldo explícito y sin matices del presidente **Javier Milei** a **Donald Trump** ya no puede leerse como una afinidad personal ni como una provocación discursiva. Es una toma de partido ideológica contra los valores democráticos que la Argentina sostuvo durante décadas.

Milei no apoya solo a una figura polémica: apoya un modelo de poder que desprecia los controles institucionales, banaliza la verdad, promueve el odio como herramienta política y concibe a la democracia como un obstáculo antes que como un valor. Ese modelo, probado y fracasado, dejó sociedades más fragmentadas, Estados más débiles y derechos más vulnerables.

La alineación automática con **Trump** implica legitimar el negacionismo democrático, el ataque a la prensa, la descalificación sistemática del adversario y la erosión deliberada del Estado de derecho. No hay neutralidad posible frente a esto: o se defiende la democracia liberal o se la socava.

Para la Argentina, este posicionamiento es doblemente dañino. No solo nos aleja de una política exterior basada en el multilateralismo y el respeto por el derecho internacional, sino que nos convierte en cómplices simbólicos de una corriente global que apuesta al caos, la confrontación permanente y el debilitamiento de las reglas comunes. No es libertad dinamitar instituciones. No es valentía despreciar la ley. No es modernidad retroceder en derechos y convivencia democrática.

Una voz radical y democrática

Como militante de la **Unión Cívica Radical**, no puedo dejar de señalar esta deriva con claridad. Porque aquí no hay solo una diferencia de estilos o temperamentos: hay un choque frontal de concepciones políticas y morales.

El trumpismo —**y su réplica local en el mileísmo**— no es liberal en el sentido democrático del término. Es profundamente iliberal. Desconfía del pluralismo, desprecia la deliberación, reduce la política a una lógica amigo-enemigo y concibe al Estado no como una herramienta perfectible al servicio de la sociedad, sino como un botín a destruir para concentrar poder en liderazgos personalistas.

El radicalismo, en cambio, nació y se desarrolló defendiendo exactamente lo opuesto: la ampliación de derechos, el respeto irrestricto por la Constitución, la división de poderes y la política como construcción colectiva. Mientras el libertarismo autoritario glorifica la desregulación sin límites y la ley del más fuerte, el radicalismo sostiene que no hay mercado sin reglas, ni libertad sin justicia, ni progreso sin cohesión social.

Apoyar sin matices a **Trump** implica avalar un proyecto que relativiza el derecho internacional, banaliza la violencia política y justifica el autoritarismo cuando conviene. Que el presidente argentino abrace esa agenda no es una provocación retórica: es una señal de ruptura con la tradición democrática y republicana de la Argentina.

Frente al avance de discursos que celebran la demolición institucional como si fuera modernidad, el radicalismo tiene una responsabilidad histórica ineludible: marcar el límite. Defender la democracia no es una consigna nostálgica ni un gesto testimonial; es una urgencia política.

Porque sin reglas no hay libertad, sin instituciones no hay República y sin valores democráticos no hay futuro posible para la Argentina ni para el mundo.

Como advirtió **Raúl Alfonsín**, en una definición que sigue interpelando al presente: "***La democracia no es solo un sistema para elegir autoridades; es un modo de vida fundado en el respeto a la dignidad del hombre***". Frente a quienes reducen la política a gritos, provocación y destrucción, esa idea sigue marcando el norte del radicalismo y de toda fuerza que se asuma genuinamente democrática.

Andrés Alfonsín, analista

Por Brenda Romero

El talón de Aquiles

Argentina está otra vez en la mira del debate económico global, pero esta vez no por un default monumental o una hiperinflación fuera de control, sino por una mezcla rara: crecimiento moderado con una mochila de deuda que todavía pesa como una mochila de colegio mal ajustada. Si miramos números duros —**que se proyectan oficialmente y por organismos como el FMI**— la deuda pública argentina, medida en porcentaje del **PIB**, estaría bajando gradualmente desde el pico de años anteriores: se estima que pase del 73 % del PIB en 2025 al entorno del 65 % en 2026, con tendencia decreciente hacia finales de esta década si se mantienen las políticas actuales de disciplina fiscal. [1]

Pero ojo: una cosa es que el ratio deuda/PIB baje y otra muy distinta es que Argentina haya **"arreglado"** su problema de deuda de manera estructural. En términos absolutos la deuda externa bruta alcanzó cifras históricas en 2025, superando los 316 mil millones de dólares, y con fuerte participación de deuda denominada en moneda extranjera, lo que la vuelve más vulnerable al vaivén del dólar y del contexto global. [2]

Entonces, ¿es el endeudamiento argentino el talón de Aquiles para el desarrollo? Sí y no, y aquí va mi mirada desde la realidad económica actual con un lenguaje más cercano. La deuda en sí no es mala: muchos países la usan para financiar infraestructura, educación o inversiones que potencian el crecimiento. El problema para Argentina es cómo y para qué se utiliza. Durante décadas, el historial muestra que se recurrió al endeudamiento en momentos de crisis o desequilibrios sin un plan claro de crecimiento sostenible, lo que multiplicó la vulnerabilidad del país frente a shocks externos y tasas de interés volátiles. Esa historia de repeticiones genera desconfianza en los inversores y presión constante sobre las reservas del Banco Central.

Hoy Argentina sí está mostrando algunos avances: hay señales de disciplina fiscal, metas de superávit primario buscadas y control de variables que habían sido críticas, como la inflación en retroceso después de niveles fuera de serie de años previos. [1] Sin embargo, el endeudamiento externo sigue siendo alto, y con Resoluciones recientes de deuda en dólares o monedas fuertes, cada vez que la mitad del mundo cambia las tasas de interés, el país siente el impacto fuerte. Eso equivale a que el talón de Aquiles no desapareció, sólo se volvió **"*más elegante*"** —las cifras bajan, pero la sensibilidad a shocks externos no se fue.

Además, queda la gran pregunta: ¿qué tipo de crecimiento queremos? Si Argentina solo logra bajar deuda y controlar variables macro, pero no logra impulsar una economía con empleo de calidad, inversión productiva sostenida y sectores exportadores competitivos, no estaremos ***"curados"***, sino atrapados en un modo de supervivencia fiscal que limita el desarrollo real de oportunidades para los jóvenes, emprendedores y sectores industriales. La deuda dejaría de ser un freno solo si se usa para catalizar innovación, logística, educación y una inserción global más sólida.

Por eso, sí, el endeudamiento sigue siendo un talón de Aquiles para el desarrollo argentino en 2025 y 2026, no porque sea inherentemente malo, sino porque la estructura y el uso de esa deuda no han logrado todavía transformarse en una palanca de crecimiento sostenible y resiliente. La clave para dejar de pensar en la deuda como una losa será acompañar la reducción de ratios con crecimiento inclusivo y dinámico, donde las generaciones futuras no hereden solamente menos deuda, sino también más capacidades productivas reales.

¿Es tarde para eso? No, pero el reloj ya viene sonando hace rato. La deuda puede ser una herramienta, pero si no la asociamos con políticas económicas coherentes y una visión de desarrollo que vaya más allá del ajuste y la macro estabilidad, seguirá siendo ese compromiso en la espalda que nos recuerda que todavía falta mucho por hacer.

[1]: https://www.lloydsbanktrade.com/en/market-potential/argentina/economical-context?utm_source=chatgpt.com "The economic context of Argentina - International Trade Portal"
[2]: https://www.fxleaders.com/news/2025/12/24/argentinas-external-debt-hits-46-7-of-gdp/?utm_source=chatgpt.com "Argentina's External Debt Hits 46.7% of GDP - Forex News by FX Leaders"

Brenda Romero, Estudiante de Ciencias Económicas

La idea de un mercado completamente autónomo es una ficción ideológica. Por eso, el problema no es la existencia del Estado, sino su captura. La pregunta política central no es si el Estado debe desaparecer, sino al servicio de quién actúa.

El Estado no debe ser neutral frente a la injusticia estructural. Debe intervenir para corregir desigualdades que no son resultado del mérito, sino de circunstancias arbitrarias como el origen social.

D. R y F

Por Valentina Suárez

Mujer, vida, libertad

Las calles de Irán volvieron a llenarse de voces, de cuerpos jóvenes y de una energía que mezcla bronca, cansancio y esperanza. En los últimos días, nuevas manifestaciones estallaron en distintas ciudades del país, impulsadas por una crisis económica asfixiante, la inflación descontrolada y la falta de perspectivas para millones de personas. Pero, una vez más, el corazón de estas protestas late con nombre propio: son las mujeres iraníes quienes empujan la marea, quienes ponen el cuerpo y la voz frente a un régimen que intenta silenciarlas.

Ellas están ahí, caminando en grupos, cantando, grabando con sus celulares, desafiando con gestos simples pero profundamente políticos. En un país donde la vida cotidiana de las mujeres está atravesada por el control, la vigilancia y la amenaza constante, salir a protestar no es solo un acto de rebeldía: es una declaración de existencia. No reclaman únicamente por salarios o por precios más justos; reclaman por el derecho a decidir sobre sus propias vidas, por la libertad de elegir cómo vestirse, cómo amar, cómo vivir sin miedo.

La respuesta del Estado ha sido dura. Las fuerzas de seguridad reprimen, detienen y persiguen, mientras se restringe el acceso a internet para intentar apagar la difusión de lo que ocurre. Aun así, las imágenes siguen circulando y muestran a mujeres jóvenes encabezando marchas, enfrentando a la policía, ayudando a quienes caen, negándose a retroceder. Hay algo profundamente poderoso en esa escena: la lucha ya no se esconde, ya no pide permiso, ya no acepta el silencio como destino.

Este nuevo ciclo de protestas conecta con una historia reciente de resistencia femenina que marcó a Irán y al mundo. El lema "Mujer, Vida, Libertad" vuelve a resonar como un eco que no se apaga, porque lo que está en juego es mucho más que una coyuntura política. Es una pelea cultural, generacional y profundamente feminista, donde las mujeres se saben protagonistas y no están dispuestas a volver atrás.

Desde afuera, la comunidad internacional observa, condena la represión y expresa solidaridad, pero en las calles iraníes la sensación es clara: nadie va a regalar derechos, y cada avance se paga con coraje. Las mujeres iraníes lo saben y aun así avanzan, porque incluso en medio del miedo eligen la dignidad. Su lucha no es solo local, es un mensaje global: cuando las mujeres se levantan, incluso los sistemas más rígidos empiezan a crujir.

El velo impuesto a las mujeres en ciertos regímenes musulmanes no es solo una prenda: es un símbolo cargado de historia, poder y disputa política. Hablar de él exige correr el velo del discurso simplista que lo reduce a ***"tradición"*** o ***"religión"*** y mirar de frente lo que realmente está en juego: quién controla el cuerpo femenino, quién define la moral y quién paga el precio de ese control.

El origen del velo es anterior al islam. Mucho antes de **Mahoma**, en las sociedades mesopotámicas, persas y bizantinas, cubrirse era un marcador de estatus social. Las mujeres ***"respetables"*** se cubrían; las esclavas y las prostitutas tenían prohibido hacerlo. El velo no nacía como un gesto espiritual, sino como una frontera visible entre mujeres ***"propiedad de un hombre"*** y mujeres disponibles. El islam heredó parte de ese universo cultural y lo reinterpretó, pero no lo inventó. Esto es clave para desmontar la idea de que el velo obligatorio es una esencia inmutable del islam.

Desde el punto de vista religioso, el **Corán** no ordena de manera explícita el uso del velo tal como se impone hoy en países como Irán o Afganistán. Los versículos más citados hablan de modestia tanto para hombres como para mujeres y mencionan el acto de cubrirse en un contexto social concreto, no como un mandato universal y coercitivo. A lo largo de la historia islámica hubo múltiples interpretaciones, muchas de ellas flexibles. Durante siglos, millones de mujeres musulmanas vivieron sin cubrirse el cabello y sin que eso fuera considerado una herejía. La obligación estricta aparece cuando la religión es capturada por el poder político y convertida en ley.

Ahí el velo deja de ser una elección personal y se transforma en un instrumento de disciplinamiento. No se trata de fe, sino

de control. El cuerpo de la mujer se vuelve el campo de batalla donde el régimen demuestra su autoridad. Obligar a cubrirse no es proteger la modestia: es marcar territorio. Es decirle a la mujer que su cuerpo es peligroso, que provoca, que debe ocultarse para que el orden social no se derrumbe. El mensaje es brutal y claro: si algo sale mal, la culpa será tuya.

En ese sentido, el velo impuesto es una ofensa porque niega la autonomía. No ofende por la tela en sí, sino por lo que representa cuando no hay elección. La libertad no está en usarlo o no usarlo, sino en poder decidirlo sin miedo a la cárcel, los golpes o la muerte. Cuando el Estado vigila cómo te vestís, tu cuerpo deja de pertenecerte. Se vuelve un asunto público, policial, judicial. Y ahí la violencia simbólica se convierte en violencia real.

Defender el uso obligatorio del velo en nombre del ***"respeto cultural"*** suele ser una trampa. Las culturas no son bloques rígidos ni sagrados; cambian, discuten, se contradicen. Y dentro de esas mismas sociedades musulmanas hay mujeres que luchan, resisten y se rebelan contra esa imposición, pagando costos altísimos. Ignorar sus voces para no ***"ofender"*** es una forma elegante de abandonarlas. No es relativismo cultural: es complicidad.

Eso no significa que el velo sea siempre un símbolo de opresión. Para muchas mujeres musulmanas, usarlo es una decisión identitaria, espiritual o política. Algunas lo resignifican como un gesto de resistencia frente a la mirada colonial o al mercado que sexualiza los cuerpos. Esa elección es válida y debe ser respetada. El problema no es el velo, sino la obligación. La diferencia entre símbolo y cadena es la libertad.

En el fondo, el debate sobre el velo habla menos de religión y más de poder. Habla de Estados que necesitan controlar a las mujeres para sostener un orden autoritario. Habla de masculinidades frágiles que se sienten amenazadas por la autonomía femenina. Y habla de una batalla global donde las mujeres siguen teniendo que demostrar que no son un peligro, que no son una tentación, que no son un objeto que debe taparse.

Cuando una mujer se quita el velo impuesto y sale a la calle, no está desafiando a Dios: está desafiando a un sistema que la quiere invisible. Y por eso la castigan. Porque el verdadero pecado, para esos regímenes, no es mostrar el cabello, sino mostrar libertad.

Valentina Suárez, abogada

Por Martina Boquerón

Ley 23.052

La sanción de la ley 23.052 el 22 de febrero de 1984 marcó un hito fundamental en la historia cultural y democrática de la Argentina: el fin de la censura cinematográfica institucionalizada. Con la disolución del **Ente de Calificación Cinematográfica**, creado en 1968 durante la dictadura de **Juan Carlos Onganía**, el Estado democrático comenzaba a reparar una de las heridas más profundas infligidas a la cultura nacional: la negación sistemática de la libertad de expresión.

Durante décadas, el cine argentino —**junto con otras manifestaciones artísticas**— fue sometido a un control ideológico rígido, arbitrario y moralizante. Guiones mutilados, películas prohibidas, artistas perseguidos y carreras truncas fueron el costo humano y simbólico de una política que entendía al arte como una amenaza y no como una expresión legítima del pensamiento crítico. La figura de **Miguel Paulino Tato**, al frente del Ente desde 1974, nombrado por **Isabel Perón** y sostenido incluso por la última dictadura militar, se convirtió en el símbolo más visible de ese aparato censor que pretendía moldear la sensibilidad social desde el autoritarismo.

La iniciativa del presidente **Raúl Alfonsín** de poner fin a este organismo no fue solo una medida administrativa, sino un gesto profundamente político y ético. Significó reconocer que sin libertad de expresión no hay cultura viva, y que sin cultura libre no hay democracia plena. El cine, como espejo de la sociedad, necesita poder incomodar, interpelar y narrar incluso aquello que resulta doloroso o conflictivo.

Desde entonces, la libertad de expresión se consolidó como un pilar irrenunciable de la vida cultural argentina. El fin de la censura no garantizó automáticamente una cultura justa o equitativa, pero sí abrió el espacio indispensable para la pluralidad de voces, miradas y relatos. En ese sentido, el 22 de febrero de 1984 no solo cerró una etapa oscura, sino que inauguró un compromiso: defender la libertad creativa como condición esencial de una sociedad verdaderamente democrática.

Martina Boquerón, Estudiante de cinematografía

Por Ricardo Miguel Fessia

MARIO BUNGE

CABA, 24 de febrero de 2025.

I – Fue filósofo y científico, uno de los hispanohablantes más citados de la historia.

Incursionó en muchos campos de conocimiento y no se guardaba nada, todo era pasible de crítica, hasta el psicoanálisis, ni la homeopatía, a la que calificó de pseudociencias, tampoco fue esquivo con corrientes filosóficas como el existencialismo o el posmodernismo. Publicó más de 500 artículos y más de un centenar de libros. Sus conferencias, tantas que no se pudieron registrar,

Fue un ejemplo notable de cómo la polémica constituye un estímulo del pensamiento creador. Fue una autoridad en física teórica, matemática aplicada, teoría de sistemas, fundamentos de física, filosofía de la ciencia, semántica, epistemología y ontología. Una parte de su obra la volcó en ***"Tratado de filosofía"*** que se publicó en varios tomos. Cultivó una honestidad intelectual excepcional.

En uno de sus últimos libros -***"Memorias: entre dos mundos"***- sostuvo que ***"Cuando era joven tenía esperanzas en el socialismo autoritario, en la revolución, en todo eso. Todas esas esperanzas se evaporaron. Mi actitud hacia la filosofía marxista ha cambiado mucho. Hice una crítica detallada de la dialéctica, núcleo de la filosofía marxista. La dialéctica es confusa y, en el mejor de los casos, falsa. En el peor de los casos, no se entiende"***

En esas memorias, **Bunge** se define ***"socialista, democrático, participativo, cooperativo"*** y deja en claro los problemas del sistema capitalista. ***"El capitalismo ha tenido sus méritos históricos, pero es moralmente insostenible. Por ejemplo, la productividad de todos los sectores industriales se ha duplicado en los últimos 50 años, pero los salarios se han mantenido constantes. O sea, que se han beneficiado unos pocos. Los ricos se han hecho más ricos y los pobres se han quedado, igual o peor. Por este lado los marxistas tienen razón, pero la alternativa que proponen no es viable porque confunden socialización con estatización y lo ideal no es que el Estado sea patrón, sino que los trabajadores sean los patrones, que los que trabajan posean y administren sus empresas, un poco lo que ocurre con la pyme familiar"***.

II – Mario Bunge nació el 21 de septiembre de 1919 en Florida Este, provincia de Buenos Aires. Su madre alemana fue enfermera de la Cruz Roja en China y en el hospital Alemán de Rosario. Su padre, **Augusto Bunge**, era médico y diputado por el partido Socialista.

Recordaba que fue educado sin prejuicios y con respeto por las diferentes creencias. ***"La racionalidad no es incompatible con la religión, ya que hace a la forma y no al contenido de la argumentación"***, sostenía. ***"Tomás de Aquino, el máximo teólogo de todos los tiempos, era racionalista y les advertía a sus correligionarios que, cuando disputasen con infieles, debían recurrir a la razón, bien común, y no a la fe ni a las escrituras religiosas. Además, y esto es lo esencial, lo que compartimos ateos y religiosos de buena fe... es mucho más que lo que nos separa: nos une la aspiración a la paz y a la justicia, así como la protección de la naturaleza, que está siendo destrozada a gran velocidad con el beneplácito de muchos economistas. Sin ella se extinguiría la especie humana".***

En 1938 ingresó a la Universidad de la Plata y empezó la carrera de Química porque su padre le advirtió que no podría ganarse la vida como físico. Cursó solo un año y convenció a su padre de que la química era aburrida y se pasó a Física, donde tuvo como profesor al escritor **Ernesto Sabato**. Por su cuenta estudiaría filosofía para alcanzar la meta que se había propuesto: ***"filosofar a la luz de la ciencia"***.

El mismo año en que comenzó a estudiar fundó la **Universidad Obrera Argentina** (**UOA**), clausurada por la policía en 1943, en la que trabajadores de diferentes especialidades recibían capacitación técnica y sindical; un antecedente de la Universidad Obrera Nacional que crearía **Perón** en 1952.

En 1944, junto a **Risieri Frondizi**, lanzó la revista ***"Minerva"***, una publicación que defendía el racionalismo y que cerró al año siguiente por falta de recursos. En 1951 estuvo preso durante una semana por su oposición al

peronismo y un año después aprobó su tesis de Doctor en Ciencias Físico Matemáticas.

Fue profesor de Filosofía de la Ciencia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires a fines de la década del 50, cuando construyó la teoría de ***"la verdad parcial o aproximada"***: ***"Los lógicos y la mayoría de los matemáticos rechazan la idea misma de la verdad parcial, creen que la lógica contiene el principio de la bivalencia, según el cual toda proposición es verdadera o falsa. Pero esto no es verdad, la lógica no se ocupa de la verdad sino de la validez, de modo que es posible hablar coherentemente de verdades parciales, que es lo que suelen hacer los científicos y técnicos"***, explicaba **Bunge** antes de iniciar un exilio que se fue prolongando en Estados Unidos (**1963-1965**), en Alemania (**1965-1966**) y en Canadá, desde **1966**.

III - Su legado no se limita a la filosofía y a la ciencia, incluye también la metafísica, la teoría del conocimiento, la ética y la filosofía política. ***"Mi principal aporte es construir un sistema filosófico con algunas ideas nuevas que no se limitan a comentar las ideas de otros, que es lo que ocurre con los autores de filosofía. Es una filosofía nueva caracterizada, primero, por el realismo. El realismo filosófico tiene la tesis de que el mundo exterior no preexiste y existe de por sí, sin nuestra ayuda, excepto lo artificial, los artefactos humanos, y entre los artefactos incluyo a la sociedad, lo hecho por la gente y no por la naturaleza -*** aclaraba **Bunge -*. Segundo, es una filosofía materialista, es decir, la tesis de que no hay objetos inmateriales, sueltos, desencarnados, todo lo material es real. En particular, las enfermedades mentales son enfermedades del cerebro. Tercero, el sistemismo, o sea, encarar los problemas gordos de manera sistémica y no fragmentaria, no contentarse con el análisis, sino hacer síntesis. Cuarto, cientificismo. La tesis de que todo lo que se puede conocer se puede conocer mejor usando el método científico, empezando por las ciencias sociales. Por ejemplo, hacer historia o sociología con números, estadísticas"***.

IV – Su relación con el peronismo tiene particularidades. ***"Yo reconozco que me equivoqué. Reconozco que tampoco entendí al peronismo, simplemente porque el peronismo atacó a los universitarios y a las universidades, y yo tomé la defensa de eso. Fui gorila. Lo confieso con toda vergüenza, mi iracundia política no llegó a entender al peronismo*** - admitía en una entrevista con La Nación Revista, en noviembre de 2019-. ***Yo recuerdo cuando Perón les decía a los peones rurales que rompiesen los candados de las tranqueras de las estancias. Él mismo no lo tomó en serio, pero animó a los peones a votar por él y no por los conservadores, como pasaba antes. Las elecciones durante el gobierno de Perón fueron libres. Fueron elecciones auténticas"***.

En su última visita al país en 2014, invitado por el ministerio de Ciencia y Tecnología de la Nación, **Bunge** reconoció el trabajo de los gobiernos kirchneristas en torno a la ciencia. ***"Son los primeros gobiernos de la historia argentina que apoyan a la investigación científica"***, destacó el científico que dedicó gran parte de su vida a la docencia, fue premiado con el Príncipe de Asturias en 1982 en Comunicación y Humanidades, y recibió más de veinte doctorados honoris causa.

Reconocía que la peor seudociencia es la ortodoxia económica porque es ***"la que más daño ha hecho"***. ***"La ortodoxia económica, en particular en el Tercer Mundo, proclama el libre comercio con lo cual impide el desarrollo de la industria nacional que no puede competir con la industria importada. Le siguen muy de cerca las seudomedicinas*** - como llaman a las medicinas alternativas ***-, como la homeopatía, la acupuntura, el psicoanálisis y demás macanas".*** El filósofo curioso recomendaba ***"no leer porquerías",*** entre las que incluía a filósofos como **Hegel**, **Heidegger** y a **Nietzsche, *"el más venenoso de todos".*** La ironía y el humor le sacaban filo a la cuchilla de sus frases controvertidas: ***"Una vez puse en un libro en francés 'charlacanismo' y el corrector puso charlatanismo, creía que era un error mío. No, no lo era"***.

V - En nuestra biblioteca y muy a mano para reiteradas consultas, tenemos un ejemplar de ***"Ciencia, técnica y desarrollo"***, obra en la que se muestra a favor de la ciencia y la técnica como motores de la sociedad moderna, era un fiel defensor de la verdad. ***"La verdad no es una construcción social como pretenden los posmodernos. Existe la verdad objetiva y sin ella no podríamos vivir una hora".***

Otro de sus trabajos que siempre consultamos es ***"La ciencia, su método y su filosofía".***

VI - Con cien años cumplidos y en plena producción, falleció el 24 de febrero de 2020 en Canadá, donde residía. Se había casado con la matemática italiana **Marta Cavallo** y tenía cuatro hijos.

Ricardo Miguel Fessia, Abogado por la Universidad Nacional del Litoral. Profesor titular ordinario de "Teoría del Derecho" y titular interino de "Historia del Derecho" en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional del Litoral. Ex Fiscal de Cámaras del Poder judicial de Santa Fe, ex Fiscal regional del Ministerio público de la acusación de Santa Fe.

Por Martina Boquerón

“V de Vendetta”

Es una película que no se limita a contarse: se vive, se debate y se queda vibrando en algún lugar incómodo de la conciencia. Desde sus primeros minutos, nos sumerge en una Inglaterra futurista sombría y asfixiante, donde un régimen totalitario gobierna bajo la excusa del orden, la seguridad y la moral, mientras controla a la población mediante el miedo, la vigilancia constante y la manipulación del discurso público. No es un futuro lejano ni extravagante: es inquietantemente verosímil, y ahí radica gran parte de su potencia.

La historia comienza con el encuentro entre **Evey Hammond**, una joven común, vulnerable, atravesada por el miedo y la precariedad, y **V**, un personaje tan fascinante como perturbador. Él se presenta como un justiciero enmascarado que oculta su identidad tras la célebre máscara de **Guy Fawkes**, símbolo de rebelión y conspiración. Pero **V** no es simplemente un vengador ni un salvador clásico: es una figura compleja, herida, teatral, profundamente política y poética a la vez. Desde ese cruce nace un relato que mezcla acción, suspenso y drama con una reflexión intensa sobre la libertad, la identidad, la memoria y el poder de las ideas frente a la opresión.

El argumento gira alrededor de la lucha contra un Estado que ha suprimido derechos fundamentales en nombre de un supuesto bien mayor. En este mundo, la disidencia es castigada, la diversidad es perseguida y la información es cuidadosamente moldeada. **V** decide enfrentarse al sistema no solo con explosivos y gestos espectaculares, sino con símbolos, palabras y actos que buscan sacudir la apatía colectiva. Su objetivo no es simplemente derribar un gobierno, sino provocar un despertar, recordarle a la sociedad que el miedo no es natural ni inevitable, sino una construcción aprendida que puede desarmarse.

Evey, en contraste, encarna un proceso íntimo y profundamente humano. Su evolución es uno de los núcleos emocionales más poderosos de la película. Al comienzo es una joven paralizada por el temor, dependiente de estructuras que la protegen y la oprimen al mismo tiempo. A lo largo de la historia, atraviesa pérdidas, traiciones y pruebas que la obligan a mirarse de frente y a preguntarse quién es cuando ya no queda nada a lo que aferrarse. Su transformación no es romántica ni fácil: es dolorosa, ambigua y real. Justamente por eso conecta con una sensibilidad joven, porque habla de crecer, de romper miedos heredados, de animarse a pensar con voz propia incluso cuando eso implica soledad.

Una de las grandes enseñanzas de ***“V de Vendetta”*** es que las personas pueden ser frágiles, pero las ideas no. Los cuerpos caen, los líderes mueren, los edificios se destruyen, pero las ideas, cuando prenden, se vuelven imposibles de contener. La película insiste en que el poder no se sostiene únicamente con armas o leyes, sino con el consentimiento silencioso de quienes aceptan por cansancio, por miedo o por comodidad. Cuando ese consentimiento se quiebra, el sistema empieza a resquebrajarse desde adentro.

Al mismo tiempo, la película no idealiza la libertad ni la presenta como un camino limpio o seguro. Ser libre implica asumir responsabilidades, atravesar el dolor, perder certezas y renunciar a la falsa tranquilidad que ofrece la obediencia. En ese sentido, ***“V de Vendetta”*** lanza una advertencia muy actual: cuando el miedo se convierte en política, la democracia se vacía de contenido y se transforma en una puesta en escena.

La inspiración de la película proviene del cómic homónimo de **Alan Moore** y **David Lloyd**, creado en los años 80, en un contexto marcado por el conservadurismo, el autoritarismo y la desconfianza hacia el poder estatal en el Reino Unido. La figura histórica de **Guy Fawkes**, quien intentó volar el Parlamento en el siglo XVII, es resignificada como emblema de resistencia frente a la tiranía.

Con el paso del tiempo, esa máscara dejó de ser solo un elemento narrativo para convertirse en un ícono global de protesta, utilizado por movimientos sociales en todo el mundo, demostrando hasta qué punto la obra trascendió la ficción.

“V de Vendetta” no ofrece respuestas simples ni finales cómodos. Es una película intensa, incómoda, apasionada, que interpela más de lo que explica. Con una estética oscura, cargada de simbolismo, y momentos de una belleza casi lírica, invita a hacerse preguntas esenciales: quiénes somos cuando nadie nos observa, qué estamos dispuestos a sacrificar por seguridad y, sobre todo, qué pasaría si alguna vez, colectivamente, nos animáramos a decir que no.

Martina Boquerón, Estudiante de cinematografía

Libros

Los tres piqueteros, de Julián Álvarez Sansone

Los tres piqueteros es una novela que se anima a habitar una zona incómoda y, justamente por eso, fértil: la intersección entre la literatura, la política y la experiencia social argentina reciente. **Julián** construye un relato que dialoga de manera explícita con **Los tres mosqueteros** de **Alejandro Dumas**, pero lo hace sin caer en la mera copia ni en el homenaje vacío. La operación es más ambiciosa: tomar un esquema clásico de fraternidad, aventura y lealtad y trasladarlo al corazón de los movimientos sociales que emergieron con fuerza en la Argentina desde los años noventa hasta la actualidad.

La novela se articula a partir de múltiples historias que se entrelazan con notable equilibrio narrativo. El eje central es **D'Alessandro**, un joven correntino que viaja a Buenos Aires impulsado por un sueño tan inusual como provocador: convertirse en piquetero. A su alrededor orbitan personajes que representan distintos estratos y lógicas del poder político y social: dirigentes de movimientos sociales, funcionarios del Ministerio de Desarrollo Social, un Presidente preocupado por las próximas elecciones, periodistas, empresarios de medios y víctimas de violencias estructurales. Este entramado coral permite que la novela no quede atrapada en una sola mirada, sino que despliegue una perspectiva amplia sobre la complejidad de la pobreza, la exclusión y la disputa por los recursos del Estado.

Uno de los grandes méritos del libro es su capacidad para narrar con sencillez cuestiones densas y, muchas veces, tratadas de forma caricaturesca en el debate público. Álvarez Sansone evita tanto la romantización de la pobreza como su demonización. No idealiza a los movimientos sociales, pero tampoco los reduce a estereotipos funcionales al discurso mediático dominante. Por el contrario, los muestra como organizaciones atravesadas por tensiones internas, lógicas de cooperación y competencia, ideales solidarios y ambiciones personales. La política aparece, así, como un campo de fuerzas jerarquizado, donde se negocian recursos, sentidos y lealtades.

El trabajo con el lenguaje refuerza esta mirada matizada. Los registros discursivos varían según los personajes y los espacios que habitan: los militantes de base utilizan un vocabulario más crudo y coloquial, mientras que los funcionarios y periodistas se expresan en un léxico técnico, académico o burocrático. Este cuidado estilístico no es un mero recurso formal, sino una herramienta que subraya las desigualdades simbólicas y materiales que estructuran el mundo narrado.

La segunda parte de la novela se destaca especialmente por su impronta casi etnográfica. Las descripciones de merenderos, asambleas barriales, acampes y movilizaciones en la Avenida 9 de Julio o frente al Ministerio de Desarrollo Social están construidas con una precisión que delata el conocimiento profundo del autor sobre el tema. No es casual: **Álvarez Sansone** es politólogo y magíster en Políticas Públicas, y ese bagaje se filtra en la ficción sin volverla un tratado académico. Conceptos como ***"repertorio de acción colectiva"***, clientelismo, democracia participativa o disputa por la representación aparecen encarnados en situaciones y personajes, lo que vuelve la lectura ágil y significativa.

En este punto, **Los tres piqueteros** plantea una pregunta de fondo: ¿puede una novela funcionar también como un texto de ciencia política? La respuesta que ofrece el libro es afirmativa, pero con matices. No se trata de didactismo ni de bajar línea, sino de explorar las ***"zonas grises"*** de la democracia contemporánea, allí donde la legalidad, la legitimidad y la necesidad social se superponen de manera conflictiva. La figura del Salario Básico Universal, por ejemplo, aparece como horizonte político y como síntoma de las transformaciones del mercado de trabajo, atravesado por la precarización, la automatización y la exclusión estructural.

Otro aspecto interesante es el equilibrio entre lo colectivo y lo individual. La fraternidad de los tres piqueteros —**Bernabé, García y Zarri**— remite de forma directa al lema de Dumas: ***"Todos para uno y uno para todos"***. La novela subraya la potencia de la acción colectiva y la solidaridad como motores de cambio. Sin embargo, al mismo tiempo, el recorrido de **D'Alessandro** pone en escena la valoración del esfuerzo personal, la tenacidad y el mérito individual. Lejos de plantear una oposición tajante, el texto sugiere que ambas lógicas conviven, no sin tensiones, en el interior de las organizaciones sociales.

Finalmente, **Los tres piqueteros** puede leerse como una traducción entre épocas: del París del siglo XVII a la Argentina del conurbano bonaerense; de los mosqueteros del rey a los piqueteros de la política social. En ese pasaje, la novela logra algo poco frecuente: pensar lo contemporáneo sin solemnidad y sin cinismo. Con una prosa clara, una estructura sólida y una mirada analítica que no anula la sensibilidad literaria, **Julián Álvarez Sansone** entrega una obra que interpela tanto a lectores interesados en la ficción como a quienes buscan comprender los dilemas sociales y políticos de nuestro tiempo. Es, en definitiva, una novela que invita a discutir, a incomodar y a mirar de nuevo aquello que creemos conocer demasiado bien.

D. R y F

Romina Agustina Mamani

Cirujano, docente, investigador e inventor

Hablar de Enrique Finochietto es hablar de una forma de ejercer la medicina que hoy sigue siendo modelo, incluso en tiempos de alta tecnología y medicina protocolizada. Su figura trasciende la del cirujano brillante para instalarse en un lugar más profundo: el del médico íntegro, curioso, creativo y profundamente humano. Nacido en Buenos Aires el 13 de marzo de 1881, hijo de inmigrantes genoveses, su historia personal ya está atravesada por el esfuerzo, la disciplina y una sensibilidad poco común. La muerte temprana de su padre y el rol central de su madre en la crianza marcaron un carácter que combinó firmeza, elegancia y un profundo sentido del deber.

Desde muy joven mostró una inteligencia singular. Se destacó en ciencias, pero también en dibujo, una habilidad que luego se convertiría en una herramienta clave para la docencia y la cirugía. Ingresó a la Facultad de Medicina de la UBA con apenas 16 años y rápidamente se hizo notar. Fue disector de anatomía, practicante del Hospital de Clínicas y discípulo de figuras enormes como **Alejandro Posadas** y **Marcelino Herrera Vegas**, de quienes aprendió algo más que técnica: aprendió ética, cultura y una forma de estar en el mundo médico. **Herrera Vegas** lo describió con una sensibilidad que hoy conmueve: tranquilo, correcto, elegante, convencido de que las ideas se defienden mejor con argumentos que con imposiciones.

Se recibió de médico a los 23 años y su tesis sobre el pie bot congénito no solo evidenció rigor científico, sino también una mirada artística poco habitual. **Finochietto** ilustraba sus propios trabajos, entendiendo que el conocimiento médico también se transmite con imágenes claras y precisas. Ingresó luego al Hospital Rawson como médico interno ad honorem, una exigencia laboral extrema que hoy sería impensable, pero que él asumió con una resistencia física y mental extraordinaria. Allí se formó junto a **David Prando**, consolidando una vocación quirúrgica que ya no tendría retorno.

Su viaje a Europa fue decisivo. Durante casi tres años recorrió los principales centros quirúrgicos del continente, absorbiendo técnicas, observando estilos, aprendiendo de los mejores. Pero también visitó museos, catedrales y pinacotecas. Esa combinación de ciencia y arte define su perfil: **Finochietto** entendía la cirugía como una disciplina técnica, sí, pero también como un acto casi artesanal, donde la precisión y la belleza no eran conceptos opuestos. A su regreso, retomó su lugar en el Rawson y en 1914, con apenas 33 años, ya era jefe de cirugía. Lo acompañó su hermano **Ricardo**, con quien formaría una dupla histórica.

Durante la Primera Guerra Mundial ofreció sus servicios a Francia y fue nombrado jefe de cirugía del Hospital Argentino Auxiliar en París. Su desempeño fue tan destacado que recibió la Medalla de la Guerra y la Legión de Honor, reconocimientos que hablan del impacto real de su trabajo en situaciones extremas. Sin embargo, nunca fue un hombre de exhibiciones. Publicó poco, pero cada texto era de altísima calidad. La monumental obra **Técnica Quirúrgica**, escrita junto a su hermano y discípulos, sigue siendo referencia, aun inconclusa.

Su faceta de inventor lo vuelve especialmente fascinante. Diseñó instrumentos que aún hoy se utilizan en quirófanos de todo el mundo. El separador intercostal que lleva su nombre es casi un símbolo de la cirugía torácica. Pero también creó mesas quirúrgicas móviles, aspiradores, cánulas, valvas, portaagujas. No inventaba por vanidad, sino por necesidad: buscaba facilitar el trabajo del cirujano y mejorar la seguridad del paciente. Pensaba la cirugía desde el cuerpo del otro, y desde el cuerpo del médico.

Quienes lo conocieron destacan su silencio, su mesura, su forma de enseñar sin humillar. No necesitaba levantar la voz. Su autoridad nacía del saber y del ejemplo. También era un hombre sensible, amante de la música, del buen comer, del Buenos Aires nocturno. El episodio que inspiró el tango ***"Buen amigo"*** lo muestra en su dimensión más humana: un cirujano brillante que, ante el dolor ajeno, no dudaba, no preguntaba, simplemente iba.

Un episodio cerebrovascular en 1947 lo apartó definitivamente de la vida activa. Falleció en febrero de 1948. Tenía 66 años, pero había dejado una huella que sigue viva. Para quienes ejercemos la medicina hoy, **Enrique Finochietto** no es solo una figura histórica. Es un recordatorio de que la excelencia técnica no está reñida con la humildad, que la innovación puede nacer del compromiso cotidiano y que la medicina, aun en su máxima complejidad, sigue siendo un acto profundamente humano.

Romina Agustina Mamani, medica pediatra

Por Matías Fernández

El carnaval

Es una de las manifestaciones culturales más antiguas, complejas y ambivalentes de la humanidad. A primera vista parece una simple fiesta de disfraces, música y desborde colectivo, pero en su trasfondo se cruzan capas profundas de sentido histórico, religioso, simbólico y social. El carnaval no es solo un acontecimiento festivo: es un tiempo excepcional, un paréntesis en el orden cotidiano, un espacio ritualizado donde las jerarquías se suspenden, los cuerpos se liberan y la comunidad se mira a sí misma desde el espejo de la risa, el exceso y la transgresión.

Los orígenes del carnaval se remontan a las antiguas civilizaciones agrícolas. En las fiestas dionisíacas de la Grecia clásica, en las Saturnales romanas y en diversos rituales mesopotámicos y egipcios, ya aparecía la idea de un tiempo consagrado al desorden creativo. Durante las Saturnales, por ejemplo, los esclavos podían burlarse de sus amos, las normas se invertían y el caos se volvía legítimo, aunque solo por unos días. Estas celebraciones no eran simples actos de hedonismo: cumplían una función social y simbólica precisa. Al permitir la ruptura controlada del orden, reforzaban paradójicamente la estabilidad del sistema una vez concluida la fiesta. El carnaval, desde sus raíces, fue un mecanismo para canalizar tensiones, liberar pulsiones reprimidas y renovar el pacto comunitario.

Con la expansión del cristianismo, estas fiestas paganas no desaparecieron, sino que fueron resignificadas. La Iglesia, lejos de erradicarlas por completo, las incorporó al calendario litúrgico, dotándolas de un nuevo marco moral. De allí surge la interpretación más difundida del término ***"carnaval"***, asociada al latín carne vale, una despedida simbólica de la carne antes del inicio de la Cuaresma, período de ayuno, penitencia y preparación espiritual que culmina en la Pascua. En esta lectura, el carnaval se convierte en el último estallido de lo corporal y lo mundano antes del recogimiento religioso. Sin embargo, esta incorporación nunca estuvo exenta de tensiones. A lo largo de la Edad Media, numerosos teólogos y autoridades eclesiásticas condenaron los excesos del carnaval, considerándolo un espacio de pecado, descontrol y burla sacrílega. Aun así, el pueblo persistió en celebrarlo, demostrando que el carnaval respondía a una necesidad antropológica más profunda que cualquier prohibición doctrinal.

Desde una perspectiva religiosa comparada, las opiniones sobre el carnaval han sido diversas. En el cristianismo occidental, especialmente en su vertiente católica, el carnaval fue tolerado y reglamentado, aunque siempre bajo sospecha. El protestantismo, en cambio, tendió a rechazarlo con mayor dureza, al asociarlo con la corrupción moral y la frivolidad. En el islam, donde el calendario religioso y la ética comunitaria enfatizan la sobriedad y la disciplina espiritual, no existe un equivalente directo al carnaval, y las celebraciones de este tipo suelen ser vistas con recelo. En el judaísmo tampoco hay carnaval en sentido estricto, pero sí fiestas como Purim, que comparten rasgos notables: el uso de disfraces, la inversión simbólica del orden y la risa como forma de resistencia frente a la tragedia histórica. Esto sugiere que, más allá de las diferencias doctrinales, muchas tradiciones religiosas reconocen la necesidad de un tiempo ritual donde el orden se flexibiliza y la alegría colectiva se vuelve un acto de afirmación vital.

La evolución del carnaval a lo largo de la modernidad estuvo marcada por los procesos de colonización, mestizaje cultural y urbanización. En América Latina, el carnaval se transformó profundamente al mezclarse las tradiciones europeas con las cosmovisiones indígenas y las expresiones culturales africanas traídas por los esclavos. De esta fusión surgieron carnavales únicos, donde el ritmo del tambor, la danza colectiva y el cuerpo como lenguaje expresivo adquirieron un protagonismo central.

El carnaval de Río de Janeiro, el de Oruro, el de Barranquilla o el de Montevideo no pueden entenderse sin esta herencia híbrida, donde la fiesta se convierte también en un espacio de memoria, resistencia e identidad popular.

En el mundo contemporáneo, el carnaval se celebra en múltiples regiones, desde Venecia hasta Nueva Orleans, desde Cádiz hasta Colonia, desde Tenerife hasta Salvador de Bahía. Aunque cada carnaval tiene rasgos propios, todos comparten un núcleo simbólico común: la suspensión temporal de las normas, el anonimato que otorga el disfraz, la risa como crítica social y el cuerpo como territorio de expresión. En muchos casos, el carnaval ha sido también un espacio de protesta política encubierta, donde la sátira permite decir lo que en otros contextos sería censurado.

La fecha de celebración del carnaval no es arbitraria. Se determina en función del calendario litúrgico cristiano, ya que culmina justo antes del **miércoles de Ceniza**, inicio de la Cuaresma. Dado que la Pascua se calcula según el ciclo lunar, específicamente el primer domingo después de la primera luna llena posterior al equinoccio de primavera en el hemisferio norte, el carnaval es una fiesta móvil que varía cada año. Este vínculo con los ciclos astronómicos refuerza la dimensión cósmica del carnaval, conectándolo con los ritmos de la naturaleza, el paso del tiempo y la renovación de la vida.

El carnaval no es una simple diversión colectiva ni un residuo folclórico del pasado. Es una institución simbólica que atraviesa la historia humana, un espacio donde la sociedad se permite mirarse desde el reverso de sí misma. En su risa, su exceso y su aparente desorden, el carnaval revela una verdad profunda: que el ser humano necesita, al menos por un tiempo, romper las formas establecidas para poder volver a habitarlas con sentido renovado.

Matías Fernández, estudiante de sociología

Por Martina Vázquez

El antintelectualismo como sombra cultural

El antintelectualismo no es una anomalía pasajera ni un vicio exclusivo de ciertos regímenes políticos: es una sombra persistente que acompaña a la historia de la cultura occidental y no occidental, reapareciendo cada vez que el pensamiento crítico se vuelve incómodo para el poder, el mercado o incluso para una sociedad fatigada de complejidad. Su fuerza no reside tanto en la violencia explícita —**aunque muchas veces la haya ejercido**— sino en su capacidad de naturalizar la desconfianza hacia el saber, de instalar la idea de que pensar demasiado es inútil, sospechoso o elitista.

Desde la antigüedad, el conocimiento ha sido percibido como una amenaza potencial. No porque sea intrínsecamente subversivo, sino porque introduce una variable imposible de controlar del todo: la pregunta. Allí donde hay pensamiento, hay comparación, memoria histórica y posibilidad de disenso. Por eso los proyectos de poder totalizante han visto siempre en los intelectuales, los docentes, los científicos y los artistas un obstáculo. La quema de libros, la censura, la persecución académica y el silenciamiento de voces críticas no son excesos accidentales, sino gestos fundacionales de toda lógica autoritaria. El antintelectualismo, en estos casos, no es un efecto colateral, sino una política deliberada.

Sin embargo, reducir el fenómeno a los totalitarismos sería un error tranquilizador. El antintelectualismo moderno ha demostrado una notable capacidad de adaptación a contextos democráticos y capitalistas. Allí ya no necesita prohibir ni destruir: le basta con trivializar. La figura del intelectual es ridiculizada, convertida en sinónimo de improductividad, desconexión o arrogancia. El pensamiento complejo se presenta como una pérdida de tiempo frente a la urgencia de la acción inmediata. En nombre del ***"sentido común"***, se deslegitima toda mediación teórica, como si la realidad pudiera comprenderse sin categorías, sin historia y sin lenguaje crítico. Este desplazamiento tiene consecuencias profundas en el sistema educativo. Cuando la educación deja de concebirse como formación integral y se reduce a entrenamiento funcional, el saber se vacía de su dimensión emancipadora. Se privilegia lo útil en el corto plazo, lo medible, lo inmediatamente aplicable al mercado laboral, mientras se relegan la filosofía, la historia, la literatura y las ciencias básicas a un lugar decorativo. No se trata de una democratización del conocimiento, sino de su empobrecimiento. Una sociedad que renuncia a la exigencia intelectual no se vuelve más igualitaria: se vuelve más frágil.

En el presente digital, el antintelectualismo ha encontrado un terreno especialmente fértil. La aceleración del consumo informativo, la lógica algorítmica y la economía de la atención han erosionado la paciencia necesaria para la lectura profunda y la argumentación compleja. La opinión inmediata se impone sobre el análisis, la emoción sobre la evidencia, la sospecha generalizada sobre la confianza racional. La desconfianza hacia los expertos no nace de un espíritu crítico genuino, sino de una confusión peligrosa entre escepticismo y relativismo. Cuando toda verdad es reducida a una opinión más, el conocimiento deja de ser un bien común y se convierte en una disputa de creencias.

Este clima no solo debilita a la ciencia y a la academia, sino también a la democracia. Una ciudadanía formada en la simplificación permanente es más vulnerable a la manipulación simbólica, al discurso polarizante y a las soluciones mágicas. El antintelectualismo, en este sentido, no es neutral: favorece a quienes necesitan masas emocionalmente movilizadas pero intelectualmente desarmadas. La sospecha hacia el pensamiento crítico suele ir acompañada de una exaltación acrítica de identidades, liderazgos carismáticos o verdades reveladas.

Defender el intelecto hoy no implica construir una élite ilustrada separada de la experiencia cotidiana. Por el contrario, significa reconocer que pensar es una práctica social, una herramienta colectiva de orientación en un mundo cada vez más complejo. El desafío no es oponer intelectuales al "***pueblo"***, sino reconstruir una cultura donde el conocimiento sea valorado como un acto de responsabilidad pública. Leer, dudar, estudiar, discutir con rigor no son lujos ni gestos de superioridad moral: son condiciones mínimas para la libertad.

El antintelectualismo no se combate con recuerdos ni con superioridad académica, sino con una pedagogía del pensamiento, con instituciones que vuelvan a apostar por la profundidad y con una cultura que se atreva a incomodarse a sí misma. Allí donde el pensamiento se degrada, la democracia se vacía. Cultivar la mente, hoy más que nunca, es un acto político.

Martina Vázquez, estudiante de sociología

Por Celeste Toledo

La historia de un monstruo

La historia de los monstruos nunca empieza en el momento en que toman el poder, sino mucho antes, en habitaciones frías, en infancias rotas, en miradas que aprendieron demasiado pronto que el mundo no era un lugar amable. Tal vez por eso los dictadores despiertan una curiosidad tan persistente: porque detrás de la maquinaria del terror suele haber un niño herido que, en lugar de sanar, decidió vengarse del mundo entero.

Stalin es uno de esos casos en los que la biografía parece escrita con tinta oscura desde el comienzo. Nació como **Iosif Vissarionovich Dzhugashvili**, en la periferia del Imperio ruso, marcado por la pobreza, la enfermedad y la violencia doméstica. Su cuerpo, incluso, parecía llevar señales de fragilidad: la viruela le dejó el rostro marcado, una malformación en el pie, un brazo dañado para siempre, una psoriasis que ocultaba bajo camisas cerradas hasta el cuello. Era un hombre duro, seco, de sonrisa rara, sin el carisma ni la brillantez retórica de otros revolucionarios. Y sin embargo, supo esperar, observar y moverse con una astucia silenciosa que terminaría siendo letal.

Antes de convertirse en ***"el hombre de acero"***, **Stalin** fue **Soso** para su madre y **Koba** para sus camaradas, un nombre tomado de un bandolero romántico georgiano, una especie de **Robin Hood** caucásico. Esa etapa lo muestra asaltando bancos, organizando golpes audaces, recaudando fondos para un partido que ya se presentaba como portador de una verdad casi religiosa. Porque **Stalin** no solo reemplazó a Dios por **Marx** y **Lenin**: trasladó intacta la lógica de la fe. Creía, sin dudar, que el fin justificaba cualquier medio, incluso el sacrificio de millones.

Cuando **Lenin** murió, **Stalin** entendió algo que otros subestimaron: el poder no se hereda, se administra. Organizó el funeral, manejó los tiempos, los símbolos, los silencios. Evitó que **Trotsky** estuviera presente y comenzó a reescribir la memoria colectiva. Las fotos se retocaron, los nombres se borraron, las lealtades se redefinieron. Desde su puesto de secretario del Partido, fue tejiendo una red de obediencia absoluta, colocando hombres propios en cada rincón clave del poder. No necesitaba ser amado: le alcanzaba con ser temido.

Ya instalado como líder indiscutido, lanzó la colectivización forzada y la industrialización acelerada. En nombre del ***"nuevo hombre soviético"***, arrasó con los kulaks, confiscó tierras, desarticuló comunidades enteras. El resultado fue una hambruna devastadora, con millones de muertos que el relato oficial convirtió en un precio inevitable del progreso. Para **Stalin**, la compasión era una debilidad burguesa. La vida humana, una variable más en una ecuación histórica que solo él decía comprender.

Las purgas llegaron como una consecuencia natural de su paranoia. Viejos camaradas, héroes de la revolución, generales del Ejército Rojo, intelectuales, artistas: nadie estaba a salvo. El terror se volvió política de Estado y herramienta cotidiana de gobierno. **Stalin** desconfiaba de todos, incluso de quienes le eran más cercanos. Esa desconfianza, casi patológica, se alimentaba a sí misma y justificaba excesos cada vez más innecesarios y crueles.

La Segunda Guerra Mundial le ofreció una oportunidad inesperada: la de transformarse en líder nacional, no solo partidario. Frente a la invasión nazi, la Unión Soviética se unió bajo su mando. Las derrotas iniciales se ocultaron, los errores se maquillaron, las victorias se magnificaron. Stalingrado y Leningrado se convirtieron en símbolos épicos, aunque el costo humano fuera inconcebible. Al final de la guerra, **Stalin** emergió como uno de los hombres más poderosos del planeta, sentado en Yalta junto a **Roosevelt** y **Churchill**, repartiendo zonas de influencia mientras su país se convertía en una superpotencia.

Pero el poder absoluto no trajo paz. Con los años, su salud comenzó a deteriorarse y su mente, ya marcada por la sospecha, se volvió aún más oscura. Despidió a su médico, dejó tratamientos, creyó ver complots por todas partes.

El llamado ***"complot de los médicos"***, con profesionales torturados y acusados de envenenamiento, reavivó un antisemitismo brutal y anticipó una nueva ola de terror. Nadie dormía tranquilo. Nadie sabía si amanecería con vida.

Cuando finalmente sufrió el accidente cerebrovascular que lo dejó tendido en el suelo de su habitación, el miedo que había sembrado jugó su última carta. Nadie se atrevió a entrar. Nadie quiso decidir. El monstruo había educado a su entorno para la parálisis. Su agonía se extendió durante días, rodeada de silencios, cálculos políticos y miradas esquivas. Y cuando murió, no quedó claro si fue la naturaleza, la negligencia o la mano de sus propios hombres la que cerró el ciclo.

Mientras algunos celebraban en secreto, otros lloraban en fábricas y plazas. Para muchos, **Stalin** había sido el guía en tiempos de guerra y miseria. Para otros, un verdugo implacable. Como todo tirano vencedor, escribió su propia versión de la historia, condenando las barbaridades ajenas y justificando las propias como males necesarios.

Al final, queda la pregunta inevitable: ¿Stalin murió por un ataque cerebral o por el veneno lento de su propia violencia? Tal vez ambas cosas sean ciertas. Los monstruos rara vez caen solo por manos ajenas. Casi siempre terminan atrapados en la red de miedo que ellos mismos tejieron, hasta que esa red, inevitablemente, se cierra.

Celeste Toledo, profesora de historia

Por Álvaro Jiménez

La defensa nacional

Pensar la defensa nacional solo en términos de hipótesis de guerra clásica es, hoy, una forma bastante limitada de entender la seguridad de un país como la Argentina. Nuestro territorio es inmenso, diverso y vulnerable no tanto a invasiones extranjeras, sino a incendios forestales cada vez más destructivos, inundaciones, sequías extremas, temporales, terremotos localizados y catástrofes que el cambio climático vuelve más frecuentes y más intensas. En ese contexto, la utilización de las Fuerzas Armadas con entrenamiento específico y equipamiento adecuado para actuar de manera coordinada con los distintos cuerpos de bomberos y organismos civiles no solo resulta lógica, sino estratégica.

La creación de una fuerza de despliegue rápido, distribuida en puntos clave del país, permitiría responder con velocidad y eficacia ante incendios forestales y desastres naturales, evitando improvisaciones y la dependencia permanente de soluciones de emergencia. Hoy vemos cómo, frente a grandes incendios, se activa una cadena lenta y fragmentada de recursos: bomberos voluntarios desbordados, provincias que piden ayuda a la Nación, y Fuerzas Armadas que intervienen de manera puntual pero sin una estructura pensada específicamente para ese tipo de misiones. El resultado suele ser tardío, costoso y, en muchos casos, insuficiente.

Una fuerza integrada y permanente cambiaría radicalmente ese escenario. Las FF. AA. cuentan con algo que pocos organismos tienen: logística, transporte, capacidad de despliegue en zonas inhóspitas, disciplina operativa y presencia territorial. Aprovechar esas capacidades para la lucha contra incendios forestales, la asistencia en inundaciones, derrumbes o catástrofes climáticas no implica militarizar la seguridad interior, sino redefinir inteligentemente el concepto de defensa. Defender el país también es proteger sus bosques, sus ciudades, sus economías regionales y, sobre todo, a su población.

Además, este esquema permitiría una coordinación real y sostenida con los distintos cuerpos de bomberos, tanto profesionales como voluntarios, que hoy sostienen gran parte de la respuesta con recursos limitados. El entrenamiento conjunto, los protocolos unificados y la interoperabilidad de equipos elevarían el estándar general de actuación. No se trata de reemplazar a nadie, sino de potenciar capacidades y evitar la superposición caótica que suele aparecer cuando la tragedia ya está en marcha.

Desde el punto de vista de las propias Fuerzas Armadas, el impacto sería positivo. Un entrenamiento orientado a misiones reales, frecuentes y socialmente valoradas mejora la profesionalización, el uso de instalaciones y el aprovechamiento del equipamiento. También fortalece el vínculo entre la sociedad y sus fuerzas, alejándolas de una imagen abstracta o anacrónica y acercándolas a una función concreta, visible y útil. En un país con restricciones presupuestarias crónicas, maximizar el uso de recursos existentes no es solo deseable, es una necesidad.

Esta propuesta también redefine el concepto de soberanía. Un territorio que no puede proteger sus bosques, sus ríos o sus poblaciones frente a catástrofes recurrentes es un territorio vulnerable. La defensa del siglo XXI no se juega solo en radares o fronteras lejanas, sino en la capacidad del Estado de anticiparse, responder rápido y cuidar lo propio. En ese sentido, una fuerza de despliegue rápido para incendios y desastres no es un gasto, sino una inversión en resiliencia nacional.

Pensar así la seguridad es animarse a salir de debates viejos y construir soluciones nuevas. No se trata de copiar modelos extranjeros sin adaptación, sino de diseñar una respuesta acorde a nuestra geografía, nuestra realidad climática y nuestras capacidades reales. La Argentina necesita menos parches de último momento y más planificación estratégica. Integrar a las Fuerzas Armadas en un sistema moderno de respuesta ante incendios y catástrofes puede ser, tranquilamente, una de las formas más inteligentes y actuales de defender al país.

Álvaro Jiménez, Ingeniero en logística

Divergente Digital

Por María Belén Ocampo

La pirámide de la felicidad

Carlo Ponzi es mucho más que un nombre asociado a una estafa antigua: es el **ADN** de casi todas las trampas financieras modernas. Su historia no pertenece al pasado polvoriento de los libros de economía, sino al presente hiperconectado donde las estafas virtuales se reproducen a la velocidad de un clic. **Ponzi** entendió antes que nadie que el dinero no siempre se mueve por lógica, sino por emoción. Y que, cuando la promesa es lo suficientemente seductora, la razón se toma vacaciones.

El personaje encaja perfecto en el mito del inmigrante que llega a Estados Unidos con los bolsillos vacíos y la cabeza llena de sueños. Esa narrativa, tan poderosa, fue su primer activo. **Ponzi** no se presentaba como un ladrón, sino como un visionario, alguien que había descifrado un sistema que el resto aún no veía. No hablaba de estafas, hablaba de oportunidades. No prometía riqueza obscena, prometía algo mejor: un atajo. Y los atajos siempre resultan irresistibles, sobre todo en épocas de crisis, incertidumbre o desigualdad.

Su famoso esquema no tenía nada de sofisticado desde el punto de vista técnico. No había inversiones reales, ni negocios productivos, ni creación de valor. Era una calesita: el dinero de los nuevos pagaba las ganancias de los viejos. Pero lo verdaderamente brillante —**y peligroso**— fue el envoltorio. **Ponzi** supo construir confianza social. Pagaba rápido, pagaba bien al principio y se mostraba generoso. Repartía favores, cultivaba periodistas, seducía políticos y caminaba la ciudad como un triunfador. En una sociedad obsesionada con el éxito, él parecía la prueba viviente de que el sistema funcionaba.

Ahí está una de las claves que siguen vigentes hoy. Las estafas no se sostienen por ignorancia, sino por validación social. Cuando alguien cercano gana, cuando un vecino cobra, cuando un conocido recomienda, el mecanismo se legitima. Nadie quiere ser el único desconfiado en una fiesta donde todos brindan. **Ponzi** lo sabía y lo explotó. Hoy ese rol lo cumplen los influencers, los testimonios truchos, los grupos de WhatsApp llenos de capturas de pantalla y frases motivacionales. El principio es idéntico: ***"si a otros les funciona, ¿por qué a mí no?"***.

La figura de **Ponzi** también desnuda otra verdad incómoda: las estafas no viven solo de la codicia, sino también de la esperanza. Muchos de sus inversores no eran ricos ambiciosos, sino personas comunes que querían mejorar su vida, asegurar el futuro de sus hijos o escapar de la precariedad. Ese componente moral hace que el daño sea todavía más profundo. No se roba solo dinero, se roba tiempo, confianza y autoestima. Cuando la pirámide se cae, no queda solo un agujero económico, queda una herida emocional que dura años.

El colapso del esquema era inevitable. Como toda pirámide, necesitaba crecer sin parar, y eso es matemáticamente imposible. Cuando el Boston Post empezó a hacer preguntas incómodas y los números no cerraron, la magia se rompió. Bastó que algunos retiraran su dinero para que el castillo de naipes se viniera abajo. Ese momento es casi calcado al de las estafas virtuales actuales: basta un rumor, una investigación, un retiro masivo y todo desaparece. Plataformas que se esfuman, cuentas que se bloquean, promotores que ***"pierden acceso"*** y víctimas que se quedan con la pantalla en negro.

El final de **Ponzi** es tan simbólico como su ascenso. Murió pobre, enfermo y olvidado, después de haber manejado fortunas. Es la prueba de que estas figuras no son genios financieros, sino jugadores compulsivos del engaño. Nunca saben cuándo parar, porque su verdadera adicción no es el dinero, sino el control, la sensación de poder sobre los demás. Incluso deportado y derrotado, **Ponzi** volvió a intentar estafar. No podía hacer otra cosa. Su talento estaba en manipular expectativas, no en construir nada duradero.

Traer a **Ponzi** al presente no es un ejercicio de historia, es un acto de defensa cultural. Vivimos en una era donde la promesa de riqueza instantánea se volvió mainstream, donde se confunde riesgo con valentía y sospecha con negatividad. La lección es simple pero incómoda: no existen rendimientos extraordinarios sin riesgos extraordinarios, y cuando el riesgo no se explica, suele ser porque alguien lo está escondiendo.

Carlo Ponzi no inventó la estafa, pero nos dejó un manual que sigue circulando, actualizado y reempaquetado. Recordarlo es recordar que la mejor vacuna contra las pirámides no es la tecnología ni la regulación, sino el pensamiento crítico. Porque mientras haya gente dispuesta a creer en milagros financieros, siempre habrá alguien dispuesto a venderlos.

María Belén Ocampo, abogada

Por Juan Cruz González

Antisemitismo

Hay una forma de antisemitismo que no siempre se presenta como odio explícito, pero que es igual de corrosiva: la que nace de la ignorancia y se reproduce casi sin resistencia en el sentido común. Es la que aparece cuando se culpa a ***"los judíos"*** de todos los males, cuando se los menciona en cada conspiración global, cuando se los convierte en un actor todopoderoso capaz de manejar la economía mundial, las guerras, los gobiernos y hasta el clima. No necesita argumentos sólidos ni datos históricos; le alcanza con prejuicios heredados, frases hechas y una enorme simplificación de la realidad. Este antisemitismo no suele reconocerse como tal, porque muchas veces se presenta como ***"crítica"***, ***"sospecha"*** o ***"rebeldía contra el poder"***.

En sociedades atravesadas por crisis económicas, frustraciones políticas y una sensación permanente de injusticia, la búsqueda de culpables se vuelve casi inevitable. Entender procesos complejos exige tiempo, información y una voluntad real de pensar. En cambio, señalar a un enemigo abstracto es rápido, emocionalmente eficaz y tranquilizador. El antisemitismo funciona así como un atajo mental: en lugar de analizar el funcionamiento del capitalismo, la corrupción de las élites locales o las fallas estructurales de los Estados, se elige una explicación mágica donde ***"los judíos"*** están detrás de todo. La conspiración reemplaza al análisis, y el prejuicio ocupa el lugar del pensamiento crítico.

Este mecanismo no es nuevo. A lo largo de la historia, el judaísmo fue señalado como culpable de crisis económicas, derrotas militares, pestes, revoluciones y decadencias morales. Siempre desde una posición contradictoria: se los acusó de ser marginales y parásitos, pero también de concentrar un poder desmesurado; de no pertenecer a ningún país y, al mismo tiempo, de dominar todos. Esa ambigüedad es clave para entender por qué el antisemitismo es tan persistente: permite adaptar el odio a cualquier contexto. Cuando conviene, el judío es el extranjero sospechoso; cuando conviene, es el banquero omnipotente.

En este clima de sospecha permanente aparece también la demonización del sionismo, muchas veces utilizada como una versión ***"actualizada"*** del antisemitismo clásico. Para entender de qué se habla, es fundamental explicar qué es realmente el sionismo. En términos simples, el sionismo es un movimiento político y cultural que surge a fines del siglo XIX y que sostiene el derecho del pueblo judío a tener un Estado propio en su territorio histórico. No nace de una ambición imperial ni de una conspiración global, sino como respuesta a siglos de persecución, discriminación y violencia antijudía en Europa y otras regiones.

El sionismo surge en un contexto donde la promesa de integración de las sociedades modernas mostró sus límites. Los judíos podían adoptar idiomas, costumbres y leyes nacionales, pero seguían siendo vistos como extraños. Los pogromos en Europa del Este, el antisemitismo político en Europa occidental y, finalmente, el Holocausto, demostraron de forma brutal que la asimilación no garantizaba seguridad. Para millones de judíos, el sionismo fue una respuesta desesperada pero racional: la idea de que solo con un Estado propio podrían dejar de depender de la tolerancia ajena para sobrevivir.

Sin embargo, en el discurso antisemita contemporáneo, el sionismo suele ser presentado como una ideología intrínsecamente malvada, y muchas veces se lo utiliza como sinónimo de judaísmo. Esta confusión no es inocente. Criticar políticas concretas del Estado de Israel es legítimo y necesario, como lo es criticar a cualquier Estado. Pero cuando el sionismo se convierte en una etiqueta demonizante que explica todos los males del mundo, el debate político se transforma en odio identitario. Se deja de discutir ideas y acciones concretas, y se vuelve a señalar a un colectivo entero como enemigo.

¿Por qué, una y otra vez, se elige al judaísmo como blanco? Porque históricamente fue el ***"otro perfecto"***. Una minoría sin poder militar propio durante siglos, dispersa, visible pero vulnerable, capaz de ser culpada sin grandes costos políticos. Además, el judaísmo desafía categorías simples: no es solo una religión, ni solo una identidad cultural, ni solo una pertenencia nacional. Esa complejidad incomoda a sociedades que prefieren etiquetas claras y enemigos fáciles.

El antisemitismo también tiene una ventaja peligrosa: es un odio reciclable. No necesita reinventarse, solo actualizar su lenguaje. Donde antes había panfletos y sermones, hoy hay memes, hilos virales y videos conspirativos. La ignorancia hace el resto. Cuando no se conoce la historia real del pueblo judío, ni la diversidad interna de sus pensamientos, posturas políticas y experiencias, cualquier relato simplificado parece verosímil.

Combatir esta forma de antisemitismo no implica censurar debates ni negar conflictos reales. Implica algo mucho más profundo: recuperar la capacidad de pensar con complejidad, distinguir entre un pueblo, una religión, una ideología y un

Estado, y rechazar la tentación de los culpables universales. Mientras sigamos necesitando enemigos mágicos para explicar un mundo desigual y confuso, el antisemitismo seguirá encontrando terreno fértil. Y eso no habla de una supuesta conspiración judía, sino de una sociedad que, frente a sus propias crisis, elige la ignorancia antes que el pensamiento crítico.

Juan Cruz González, abogado

Por Camila Torres

La Huerta familiar

Hablar de huertas familiares hoy no es una moda verde ni una aventura rural: es una necesidad urgente que atraviesa la salud, la economía y la forma en que nos relacionamos con la naturaleza, incluso —**y sobre todo**— desde la ciudad. Como ingeniera forestal, pero también como mujer joven que vive y observa la realidad cotidiana, veo en las huertas familiares una herramienta poderosa de autonomía, cuidado y resiliencia, especialmente en contextos donde el precio de los alimentos sube más rápido que los salarios y donde comer sano parece, injustamente, un privilegio.

Instrumentar programas de huertas familiares es apostar a una solución concreta y accesible frente a múltiples problemas al mismo tiempo. No se trata solo de producir alimentos, sino de recuperar el control sobre lo que comemos. Cuando una familia cultiva aunque mas no sea una parte de sus verduras, sabe exactamente de dónde vienen, cómo fueron producidas y qué no tienen: ni agrotóxicos innecesarios, ni conservantes, ni procesos industriales que vacían de nutrientes a los alimentos. Una dieta saludable empieza ahí, en la posibilidad real de incorporar verduras frescas, de hoja, aromáticas y hortalizas a la mesa diaria, no como algo excepcional sino como parte de la rutina.

Muchas veces aparece el argumento de la falta de espacio, sobre todo en viviendas urbanas, departamentos o casas pequeñas. Y ahí es donde la hidroponía se vuelve una aliada clave. La hidroponía permite cultivar plantas sin suelo, utilizando soluciones nutritivas en agua, lo que reduce drásticamente el espacio necesario y optimiza recursos. Una huerta hidropónica puede funcionar en un balcón, una terraza, una ventana luminosa o incluso dentro de la casa con una buena fuente de luz. Lechuga, rúcula, albahaca, espinaca, tomate cherry y hasta frutillas pueden crecer en sistemas simples, económicos y escalables, que no requieren grandes conocimientos técnicos para empezar.

Además, la hidroponía tiene un valor ambiental enorme. Consume menos agua que la agricultura tradicional, porque el agua se recircula y se aprovecha al máximo, y al no usar suelo se evitan problemas de contaminación, erosión y degradación. Desde una mirada ecológica, esto es clave: producir alimentos sin seguir presionando ecosistemas ya dañados es una forma concreta de cuidar el territorio. Y desde una mirada cotidiana, también es una ventaja práctica: menos suciedad, menos plagas, menos mantenimiento pesado.

El impacto económico de una huerta familiar, aunque muchas veces subestimado, es real y acumulativo. No se trata de hacerse rico cultivando lechuga, sino de dejar de gastar de manera constante en productos básicos que todos los días aparecen en la lista del supermercado. A lo largo de los meses, esa reducción del gasto se siente, especialmente en familias donde cada peso cuenta. Pero además, una huerta puede transformarse en una pequeña fuente de intercambio, trueque o incluso ingreso, vendiendo excedentes o plantines, fortaleciendo redes barriales y economías locales.

Hay también un aspecto que no siempre se mide, pero que es profundamente transformador: el vínculo emocional y educativo que genera una huerta. Para niñas, niños y adolescentes, ver crecer una planta, entender los tiempos de la naturaleza y participar en la producción de alimentos es una experiencia formativa que deja huella. Para los adultos, es un espacio de calma, de conexión, de volver a algo esencial en medio del ruido cotidiano. Cultivar es, en cierto modo, una forma de resistencia frente a un sistema que nos quiere consumidores pasivos y desconectados de lo que comemos.

Por todo esto, los programas de huertas familiares no deberían depender solo de la voluntad individual. Necesitan políticas públicas que acompañen con capacitación, acceso a insumos básicos, difusión de tecnologías como la hidroponía y una mirada integral que cruce salud, ambiente y economía. Invertir en huertas es invertir en familias más sanas, más autónomas y más conscientes. No es una solución mágica, pero sí una de esas respuestas simples y poderosas que, cuando se multiplican, cambian realidades. Y en un mundo cada vez más incierto, cultivar lo propio —**aunque sea en pocos metros cuadrados y con raíces en el agua**— es un acto profundamente político, amoroso y necesario

Camila Torres, ingeniera forestal Universidad Nacional de la Plata (UNLP)

Por Hiparquía de Maronea

Gerty Cori y el Novel

Durante décadas, la historia de la ciencia se contó con nombres masculinos, retratos solemnes y silencios incómodos. Entre esos silencios estuvo, durante mucho tiempo, el de **Gerty Cori**, la primera mujer en recibir el Premio Nobel de Medicina. No porque su aporte fuera menor —**todo lo contrario**— sino porque el mundo científico, como tantos otros, tardó en aprender a mirar a las mujeres como protagonistas y no como acompañantes.

Gerty Theresa Radnitz nació en 1896 en Praga, en el seno de una familia judía, en una ciudad tan contradictoria como fascinante. La misma Praga que inspiró a **Franz Kafka**, con sus calles bellas y opresivas a la vez, fue el escenario de su juventud. Allí, en cafés donde se mezclaban intelectuales, artistas y soñadores, nadie sospechaba que esa joven tímida, de mirada atenta, estaba destinada a cambiar la biología moderna. Como tantas mujeres brillantes, **Gerty** no hacía ruido: pensaba, estudiaba, avanzaba.

Decidir estudiar medicina no fue un gesto menor. A comienzos del siglo XX, la universidad no estaba pensada para mujeres. El examen de ingreso en Viena exigía conocimientos que los liceos femeninos simplemente no enseñaban. Latín, matemáticas, física: **Gerty** tuvo que aprenderlos sola. Un año entero de estudio intenso para rendir lo que ella misma llamó ***"el examen más exigente de su carrera"***. Tenía 18 años cuando lo aprobó. No fue suerte, fue esfuerzo. Uno de esos esfuerzos invisibles que las mujeres suelen hacer para llegar apenas a la línea de largada.

En la facultad encontró dos pasiones que marcarían su vida: la bioquímica y **Carl Cori**, su compañero de estudios y futuro marido. Se conocieron en el anfiteatro de anatomía, rodeados de cuerpos sin vida y olor a formol. No parece romántico, pero allí nació una alianza profunda, intelectual y afectiva. Estudiaban juntos, investigaban juntos, caminaban juntos por las montañas y esquiaban en invierno. Se casaron al recibirse. Él tenía 22, ella 24. Eran jóvenes, brillantes y estaban listos para cambiar el mundo, aunque el mundo no estuviera listo para reconocerlos por igual.

La Europa de entreguerras fue un territorio hostil. Aunque **Gerty** se convirtió al catolicismo para casarse, su origen judío siguió siendo una marca que pesaba. En 1922, decidieron emigrar a Estados Unidos buscando seguridad y oportunidades. **Carl** consiguió trabajo en el State Institute de Buffalo. Para **Gerty**, el ***"acompañamiento"*** vino con condiciones: un puesto de patóloga asistente y un salario que era apenas el 10% del de su marido. Mismo talento, mismo trabajo, distinta valoración. Nada nuevo bajo el sol.

A pesar de todo, investigaron. Y descubrieron. Juntos desentrañaron uno de los grandes misterios de la biología: cómo las células obtienen energía. En 1936 identificaron la glucosa-1-fosfato y describieron el proceso mediante el cual el glucógeno muscular se transforma en ácido láctico, viaja al hígado y vuelve a convertirse en glucosa. Ese circuito, fundamental para entender el metabolismo, hoy se estudia en todo el mundo como el ciclo de Cori. El apellido es compartido, pero durante años el reconocimiento no lo fue.
El éxito científico no se tradujo de inmediato en equidad académica. **Gerty** publicó más de 60 trabajos, pero recién fue nombrada profesora titular en 1947, el mismo año en que recibió el Premio Nobel de Medicina junto a **Carl**. Antes de eso, fue ***"asociada"***, ***"asistente"***, ***"colaboradora"***. Siempre un paso atrás en el escalafón, aunque no en el laboratorio. Y como si la historia quisiera ser cruel hasta el final, ese mismo año le diagnosticaron un mieloblastoma. Murió en 1957.

Mientras tanto, los premios siguieron llegando… mayormente para él. **Carl** fue elegido antes que **Gerty** para la Academia de Ciencias, fue el único nominado a premios prestigiosos como el Lasker o la medalla Willard Gibbs. A ella le otorgaron la medalla Garvan-Olin, un premio ***"para mujeres"***. Como si la excelencia necesitara un subtítulo de género.

Gerty Cori no fue solo una científica brillante. Fue una mujer que resistió el racismo, la discriminación y la desigualdad sin victimizarse, pero tampoco callándose. Su legado no es solo el ciclo que lleva su nombre, sino el camino que abrió. Gracias a mujeres como ella, hoy la ciencia es un poco menos excluyente, aunque todavía no lo suficiente.

Gerty dijo que la ciencia avanza cuando se corre el velo que cubre los secretos de la naturaleza, cuando del caos emerge un patrón claro y bello. Quizás también estaba hablando de su propia vida. De cómo, lentamente, se corre el velo sobre las historias de mujeres que siempre estuvieron ahí, sosteniendo el conocimiento, aun cuando el mundo se empeñaba en no verlas. Hoy, nombrarla es un acto de memoria y de justicia. Y también de feminismo.

Hiparquía de Maronea

Por Héctor A. Leis

“*Robo pero hizo*”

Enero 2026

La frase “***robo pero hizo***” es un reflejo preocupante del deterioro ético en la cultura política de muchos países, incluido el nuestro. Esta idea, que sugiere que el gobernante corrupto puede ser justificado si ha realizado obras o políticas visibles, apunta a una crisis profunda en la relación entre ciudadanía, ética pública y la noción de justicia. Este fenómeno, lejos de ser solo una expresión popular, es un síntoma de un sistema político y social que ha normalizado la corrupción como un mal menor, siempre y cuando se ofrezcan ciertos “***beneficios***” a la sociedad.

El filósofo italiano **Norberto Bobbio**, en su obra “***Derecha e Izquierda***”, describe la ética pública como un componente esencial de cualquier régimen democrático. **Bobbio** sostiene que el ejercicio del poder debe estar guiado por principios éticos inquebrantables, ya que la corrupción erosiona la legitimidad de las instituciones y debilita la confianza social. Sin embargo, la idea de que “***robo pero hizo***” subordina estos principios éticos a la noción de resultados visibles, permitiendo que la corrupción se entienda como un costo asumido por el progreso material.

Este tipo de pragmatismo ha sido identificado por autores como **Max Weber**, quien diferenciaba entre la “***ética de la responsabilidad***” y la “***ética de la convicción***”. En el caso de “***robo pero hizo***”, el enfoque se inclina hacia una ética de la responsabilidad distorsionada, en la cual el fin (**el desarrollo material**) justifica los medios (**la corrupción**). Esto da lugar a un terreno peligroso en el que los actos ilícitos quedan justificados bajo la premisa de que “***algo se hizo***”, sin importar los métodos empleados.

La democracia, como sistema, exige transparencia, rendición de cuentas y responsabilidad de los gobernantes frente a sus ciudadanos. Sin embargo, en nuestro país, la democracia ha sido colonizada por el clientelismo y la política de intercambio. Esto significa que muchos gobernantes buscan asegurar su permanencia en el poder no a través de la construcción de un liderazgo ético, sino mediante la entrega de obras públicas o beneficios tangibles a corto plazo, mientras aprovechan los recursos del Estado para fines privados.

Robert Michels, con su teoría de la “***Ley de hierro de la oligarquía***”, ya advertía sobre la tendencia de las oligarquías políticas a concentrar el poder y usarlo para su propio beneficio. En sistemas democráticos, incluso aquellos con instituciones formales que parecen funcionar correctamente, esta oligarquía puede justificar su dominio mediante la construcción de infraestructura o la implementación de políticas populares, mientras disfraza su acumulación de poder y riqueza personal.

Para muchos ciudadanos, la elección de un gobernante corrupto que “***hace***” es vista como una opción de mal menor frente a la parálisis administrativa o la incompetencia técnica. Esto no solo refleja una baja expectativa sobre la clase política, sino también una resignación social que **Antonio Gramsci** describió como “***hegemonía cultural***”. Argumentaba que una clase dominante no solo gobierna a través del control material, sino también mediante la imposición de un sistema de valores que normaliza y legitima su poder. En este caso, la corrupción deja de ser vista como un mal inadmisible y se convierte en una condición aceptada para el desarrollo.

Además, esta visión resignada tiene consecuencias devastadoras para la política a largo plazo. Al justificar el robo bajo la premisa de la eficiencia, se consolida una cultura de impunidad. Como destaca **Luigi Ferrajoli** en su análisis del “***garantismo***”, cuando las leyes no se aplican con rigor para todos, se rompe el pacto fundamental entre el Estado y los ciudadanos, y se erosiona la igualdad ante la ley, socavando la confianza en las instituciones.

La frase “***robo pero hizo***” también implica un deterioro en la moral pública, en la que el acto de gobernar ya no es visto como un servicio a la sociedad, sino como una transacción en la que el ciudadano acepta la corrupción a cambio de obras. Este fenómeno ha sido estudiado por el sociólogo **Zygmunt Bauman**, quien en su libro “***Moralidad líquida***” sostiene que, en sociedades postmodernas, la ética se ha vuelto flexible y negociable. **Bauman** argumenta que la moralidad ya no es una brújula firme en la toma de decisiones políticas, sino una variable que se ajusta según las circunstancias y las conveniencias inmediatas.

Este contexto permite que el ciudadano, agobiado por la necesidad de mejoras materiales inmediatas, acepte la corrupción como una parte inevitable del juego político, perdiendo de vista que la corrupción afecta directamente su calidad de vida a largo plazo, profundizando las desigualdades y debilitando la capacidad del Estado para brindar servicios equitativos.

Para cambiar esta mentalidad, es fundamental una revolución ética en la política. **Jürgen Habermas**, en su teoría de la acción comunicativa, destaca la importancia del diálogo público como medio para alcanzar consensos basados en la razón y no en la imposición de intereses particulares. En este

sentido, la sociedad debe abandonar la pasividad y exigir transparencia y rendición de cuentas a sus líderes, promoviendo un espacio público donde la ética vuelva a ocupar un lugar central en el debate político.

La aceptación del "***robo pero hizo***" revela una crisis profunda en la ética política de nuestro país. Este pragmatismo corrosivo subordina la justicia y la equidad a los resultados visibles, consolidando una cultura de impunidad que debilita la democracia y deteriora la confianza en las instituciones. La corrupción no debe ser vista como un costo asumible por el progreso material, sino como un obstáculo para el desarrollo sostenible y la equidad social.
La única forma de superar este paradigma es a través de una transformación cultural que ponga nuevamente en el centro de la política los valores de transparencia, ética y responsabilidad pública que los líderes como **Leandro N. Alem**, **Hipólito Yrigoyen**, **Marcelo T de Alvear**, **Elpidio González**, **Arturo Illia**, **Ricardo Balbín, Raúl Alfonsín** y cientos de hombres que a lo largo y ancho de la nación estamparon a fuego la honestidad pública como la mayor virtud de nuestro partido. Los ciudadanos deben exigir un liderazgo que no solo "***haga***", sino que lo haga sin robar, consolidando un modelo político que beneficie a la sociedad en su conjunto y no a intereses particulares. Solo a través de un diálogo ético y abierto podremos construir una sociedad donde la corrupción sea vista no como un mal necesario, sino como un mal que debe ser erradicado.

Y los Radicales tenemos ejemplos suficientes para enarbolar la bandera de la ética pública, hoy debemos dar esa batalla cultural.

Crisólogo Larralde

La muerte de **Crisólogo Larralde** en una tribuna, con la palabra aún vibrando en el aire y el cuerpo entregado sin reservas a la causa que había elegido, no es sólo un episodio conmovedor de la historia política argentina: es una metáfora potente de una forma de entender la militancia, la ética pública y el compromiso con los de abajo. **Larralde** no murió ejerciendo el poder, ni refugiado en los pliegues de un cargo, ni administrando equilibrios palaciegos; murió haciendo política en su sentido más clásico y noble, hablándole al pueblo, exponiendo el cuerpo, gastándose —**como él mismo escribió**— hasta el final.

En una Argentina atravesada por fraudes, proscripciones, golpes de Estado y democracias tuteladas, **Larralde** encarnó una rareza cada vez más escasa: la coherencia. Radical sin dobleces, yrigoyenista hasta la médula, defensor insobornable de la libertad y de la justicia social, supo articular tradiciones que muchos consideran incompatibles. Fue radical y, al mismo tiempo, profundamente libertario; institucionalista y, a la vez, rebelde frente a toda injusticia; republicano sin desprecio por las multitudes populares. Esa síntesis incómoda explica tanto su grandeza como su marginalidad en una política que, aun entonces, empezaba a preferir el cálculo al ideal.

Su comprensión del 17 de octubre de 1945 lo ubica en un lugar singular dentro del radicalismo. Mientras amplios sectores de su partido miraron aquel acontecimiento con desprecio clasista o miedo cultural, **Larralde** miró con memoria social. Reconoció en esa multitud a su propio origen, a su infancia en el inquilinato, a los niños mal vestidos, al pueblo que irrumpe cuando siente amenazadas sus conquistas. Esa lucidez no lo convirtió en peronista ni lo volvió complaciente con el autoritarismo; por el contrario, le permitió oponerse al peronismo desde una posición ética más sólida, sin negar al sujeto social que lo sostenía. Su crítica a **Perón** no fue la del privilegio herido, sino la del militante que exige coherencia entre justicia social y libertad política.

Larralde perteneció a una generación forjada en la intemperie: fraudes electorales, comicios anulados, persecuciones, cárcel, renuncias dignas ante el escándalo institucional. Esa experiencia modeló dirigentes acostumbrados a perder sin claudicar, a resistir sin victimizarse, a entender la política como una tarea pedagógica y moral antes que como una carrera personal. No es casual que haya sido el artífice del artículo **14 bis**: allí confluyen su sensibilidad obrera, su defensa de los derechos sociales y su convicción de que la libertad sin justicia es una promesa vacía.

Hay algo profundamente actual en la figura de **Larralde**, precisamente porque parece venir de otro tiempo. En una política profesionalizada, mediática y muchas veces desvinculada de la vida concreta de los trabajadores, su biografía recuerda que hubo dirigentes que leían poesía, publicaban en periódicos anarquistas, discutían ideas con

obreros y creían que la palabra podía transformar conciencias. No idealiza una época —**aquella Argentina estaba lejos de ser justa**—, pero interpela al presente: ¿qué lugar ocupa hoy la ética del sacrificio, la coherencia doctrinaria, la lealtad a los desposeídos?

Cuando **Larralde** murió, a los sesenta años, comenzó a desvanecerse un tipo de dirigente político que la democracia argentina nunca logró reemplazar del todo. No porque fuera perfecto, sino porque estaba dispuesto a pagar un precio personal por sus convicciones. Murió en su ley, sí, pero también dejó una ley no escrita: la política vale la pena sólo cuando se la vive como entrega, cuando no se negocia la libertad, cuando se entiende que la vida pública es, en el fondo, una forma exigente de amor al pueblo. Esa es su herencia más incómoda y más necesaria.

Lecturas de verano

A lo largo de la historia, los grandes imperios han sido mucho más que extensiones territoriales: han sido sistemas complejos de poder político, dominación económica, legitimación cultural y proyección militar. Desde Roma hasta el Imperio británico, desde la España imperial hasta la hegemonía estadounidense del siglo XX, todos comparten una misma lógica estructural: nacen en contextos de ventaja relativa, se expanden aprovechando desequilibrios, se consolidan institucionalmente y, tarde o temprano, enfrentan límites internos y externos que erosionan su predominio. La pregunta no es si los imperios caen, sino cómo y cuándo lo hacen, y qué señales anticipan ese proceso.

El auge imperial suele coincidir con una combinación virtuosa de factores políticos y económicos. En términos políticos, aparece una élite dirigente capaz de articular un proyecto expansivo, dotado de legitimidad interna y de una narrativa que justifique la dominación sobre otros pueblos. Roma hablaba de civilización y derecho; España, de evangelización; Gran Bretaña, de comercio y progreso; Estados Unidos, de democracia y libertad. En lo económico, el imperio se apoya en una base productiva sólida, innovaciones tecnológicas decisivas y acceso privilegiado a recursos estratégicos. La expansión no es solo militar: es financiera, comercial y cultural. El control de rutas, mercados y monedas permite que la metrópoli concentre excedentes, financie su aparato estatal y sostenga su poderío armado.

Sin embargo, esa misma expansión contiene el germen del declive. A medida que el imperio crece, aumentan los costos de administración, defensa y control. La sobre extensión —**concepto clásico desarrollado por Paul Kennedy**— describe el momento en que los compromisos militares, diplomáticos y económicos superan la capacidad real de la economía que los sostiene. El Imperio romano terminó ahogado por la necesidad de defender fronteras demasiado amplias; el español se debilitó por una economía extractiva que no logró desarrollarse internamente; el británico, por el agotamiento financiero tras dos guerras mundiales. En todos los casos, el declive no fue un colapso instantáneo, sino un proceso prolongado de pérdida de ventaja relativa frente a potencias emergentes.

Estados Unidos encaja en este patrón histórico con particularidades propias. Tras la Segunda Guerra Mundial, emergió como una potencia sin precedentes: su territorio intacto, su industria en expansión, su supremacía tecnológica y el rol del dólar como moneda de reserva mundial le otorgaron una hegemonía económica y política inédita. A diferencia de los imperios clásicos, su dominación fue en gran medida indirecta, basada en instituciones multilaterales, alianzas militares y mecanismos financieros globales. El llamado ***"siglo estadounidense"*** se sostuvo tanto en portaaviones como en acuerdos comerciales, en Hollywood tanto como en el Pentágono.

No obstante, desde finales del siglo XX comenzaron a aparecer señales de desgaste. La globalización, impulsada en gran medida por Estados Unidos, facilitó el ascenso de nuevas potencias, en particular China, que supieron aprovechar el comercio internacional sin asumir los costos políticos y militares del liderazgo global. Al mismo tiempo, la desindustrialización, el aumento de la desigualdad y el endeudamiento público fueron debilitando la cohesión interna estadounidense. Como en otros imperios antes, las tensiones domésticas empezaron a reflejarse en la política exterior.

En este contexto se inscribe el fenómeno político de **Donald Trump**. Más que una anomalía, **Trump** puede interpretarse

como un síntoma de una potencia que percibe la erosión de su hegemonía y reacciona de forma defensiva y agresiva. Su discurso de ***"America First"*** expresa un repliegue parcial del multilateralismo clásico estadounidense y un retorno a una lógica más cruda de poder nacional.

Las amenazas de anexar Groenlandia, formuladas tanto en su primer mandato como retomadas en su retórica posterior, no deben leerse literalmente como un plan inmediato, sino como la manifestación de una visión geopolítica que concibe el mundo en términos de territorios, recursos y control estratégico, una lógica más cercana al imperialismo del siglo XIX que al orden liberal posterior a 1945.

Del mismo modo, la política hacia Venezuela y la figura de **Nicolás Maduro** ha sido utilizada por **Trump** como símbolo de firmeza imperial en el ***"patio trasero"*** latinoamericano. Si bien antes de la captura efectiva de Maduro, hubo amenazas explícitas, sanciones económicas severas y discursos que rozaron la intervención directa. Estas acciones responden menos a una estrategia de largo plazo que a la necesidad de exhibir poder en un escenario donde Estados Unidos ya no puede imponer resultados con la facilidad de décadas anteriores. Históricamente, este tipo de gestos —**demostraciones de fuerza, retórica maximalista, búsqueda de recursos estratégicos**— suele aparecer en fases de declive relativo, cuando el imperio intenta compensar la pérdida de influencia estructural con acciones espectaculares.

Desde el punto de vista económico, estas políticas plantean una paradoja central. El control de recursos como el petróleo o posiciones estratégicas en el Ártico puede ofrecer beneficios inmediatos, pero el costo político, financiero y diplomático de sostener una política exterior unilateral tiende a ser elevado. La historia enseña que los imperios rara vez caen por falta de poder militar; caen porque su base económica ya no puede sostener el esfuerzo de dominación y porque su legitimidad —**interna y externa**— se erosiona. En el caso estadounidense, el gasto militar sigue siendo colosal, pero compite cada vez más con necesidades internas insatisfechas y con una sociedad profundamente polarizada.

¿Es entonces Estados Unidos el próximo imperio en caer? La respuesta exige matices. Si por ***"caer"*** entendemos un colapso abrupto al estilo de Roma o una desaparición como potencia relevante, la evidencia no apunta en esa dirección en el corto plazo. Estados Unidos sigue siendo una de las economías más grandes del mundo, un centro clave de innovación tecnológica y un actor militar dominante. Sin embargo, si hablamos de una pérdida progresiva de hegemonía, de la transición desde una posición de liderazgo indiscutido hacia un mundo multipolar, entonces sí puede afirmarse que el proceso ya está en marcha.

Las medidas y discursos de **Trump** no son la causa principal de este fenómeno, pero sí lo aceleran y lo hacen más visible. Al debilitar alianzas, cuestionar reglas internacionales y recurrir a una retórica abiertamente imperial, Estados Unidos se aleja del modelo de liderazgo consensual que sostuvo su poder durante décadas. Paradójicamente, al intentar ***"volver a ser grande"*** mediante gestos de fuerza, corre el riesgo de reproducir exactamente los errores que, a lo largo de la historia, marcaron el ocaso de otros imperios.

La historia no se repite de forma mecánica, pero rima. Los grandes imperios no caen porque pierden batallas aisladas, sino porque dejan de ofrecer un horizonte creíble de prosperidad compartida, tanto hacia dentro como hacia fuera. En ese sentido, el futuro de Estados Unidos no dependerá solo de quién ocupe la Casa Blanca o de cuán agresiva sea su política exterior, sino de su capacidad para reconstruir una base económica inclusiva, una institucionalidad sólida y una legitimidad internacional acorde a un mundo que ya no acepta imperios eternos.

Héctor A. Leis, abogado. Editor revista D. R y F.

Frente a las visiones que consideran al salario como resultado del ***"libre mercado"***, **Illia** sostiene una postura institucionalista: el salario es un pacto social, no un simple acuerdo entre partes desiguales. **Karl Polanyi** ya advertía que convertir el trabajo en mercancía destruye la cohesión social. **Illia** vio esto con claridad: una economía que precariza, descarta o empobrece a quienes producen la riqueza y termina debilitando la democracia y favoreciendo la concentración del poder. Para **Illia**, proteger el salario no es un capricho ni un gesto ideológico: es una condición para el crecimiento económico sustentable. Coincide con **Stiglitz** y **Piketty** en que la desigualdad extrema frena la demanda, reduce el consumo interno y debilita a las industrias nacionales. Un trabajador bien remunerado no solo vive mejor: impulsa el mercado interno y fortalece la estabilidad política.

Por eso **Illia** rechazaba las políticas de ajuste que recaen sobre los sectores medios y vulnerables. Sabía que sin justicia social no hay orden ni gobernabilidad duradera. Su visión es profundamente republicana: la libertad solo existe cuando las condiciones materiales permiten ejercerla, y el Estado tiene el deber de asegurar ese piso de dignidad para todos.

En un tiempo donde se vuelve a discutir el valor del trabajo, **Illia** recuerda algo esencial: no hay economía sana sin trabajadores respetados, ni democracia sólida basada en la desigualdad. Defender el salario mínimo vital y móvil es defender la ciudadanía, el desarrollo y la dignidad humana. Su legado nos invita a construir un país donde el crecimiento incluya a todos y donde la política económica tenga un único horizonte: el ser humano.

Por Daniel René Jiménez Cortés

Conociendo a un dictador.

Abordaje criminológico del poder absoluto.

México, enero 2026

La aparición de un **"dictador"** no es una anomalía histórica que surge de manera espontánea, ya que su emergencia responde a condiciones sociales, políticas e institucionales específicas, combinadas con un perfil individual proclive a la concentración del poder. El dictador no se analiza únicamente como un actor político, la criminología lo puede abordar como un **fenómeno de dominación estructural**, donde el poder se ejerce de forma sistemática, sostenida y con efectos directos en la producción de violencia.

Las dictaduras son una forma de ejercicio del poder que genera daño social, normaliza la violencia institucional y debilita los mecanismos de control formal e informal. Un dictador, entonces, es un individuo que **concentra de manera prolongada el poder político, militar y simbólico**, anulando o subordinando los contrapesos institucionales y restringiendo libertades fundamentales. El elemento central es la conducta de **permanencia y dominación, basada en la coerción, el miedo y la manipulación de la legalidad** a través del poder político.

El dictador no suele gobernar a causa de consensos amplios ni reglas impersonales. Su autoridad se sostiene en la obediencia forzada, la lealtad personal y la eliminación progresiva de la disidencia. En este sentido, el Estado que antes operaba como como un sistema normativo autónomo, pasa a funcionar como una extensión de la voluntad individual de su gobernante.

La criminología contemporánea al ampliar su campo de análisis más allá del delito común, incorpora fenómenos como el abuso de poder, la violencia estructural y la criminalidad del gobierno. Bajo este marco, el dictador representa un **caso paradigmático de violencia organizada desde el poder**, donde el daño se materializa en decisiones, omisiones y diseños normativos que afectan de manera sistemática a la población.

El dictador no requiere ejecutar personalmente la violencia ya que él mismo crea un entorno que permite, justifica y reproduce prácticas violatorias de derechos, garantizando impunidad a los ejecutores y **eliminando cualquier mecanismo de rendición de cuentas**.

Uno de los rasgos más frecuentes es el **narcisismo patológico**. El dictador **se percibe como figura indispensable para la supervivencia del Estado o de la nación**. Esta ***"autoimagen"*** genera una identificación entre el líder y el país, lo que facilita la justificación de cualquier acción bajo la lógica del interés superior. Cualquier crítica en su contra se interpreta como una amenaza existencial y no como un elemento normal de la vida pública.

Otro componente relevante es la **necesidad permanente de control**. El dictador busca regular las instituciones, los discursos, los símbolos y las percepciones sociales. El control se extiende a los medios de comunicación, al sistema educativo y a los espacios de participación social y política. Esta conducta responde al temor constante a la pérdida de poder y a la incapacidad de **tolerar la incertidumbre política**.

La **deshumanización del opositor** también constituye un elemento funcional del perfil. La sociedad se divide en categorías morales rígidas: ***"leales y enemigos"***. El adversario político ya no es más un ciudadano con derechos, ya que ahora representa una amenaza abstracta. Este proceso reduce las barreras éticas frente al uso de la violencia y en consecuencia permite su aceptación social, al presentarla como una medida preventiva o defensiva.

El **uso instrumental del miedo** es otra característica clave. El dictador no depende de una represión masiva constante, requiere fundamentalmente episodios selectivos, visibles y ambiguos para generar autocensura colectiva. El miedo se gesta, como un mecanismo de control social altamente eficiente, ya que desplaza el costo de la represión hacia la propia población, que auto regula su conducta sin necesidad de intervención directa del Estado.

La **distorsión de la legalidad** aparece como un rasgo estructural. En los regímenes dictatoriales, no es que la ley desaparezca, lo que sucede es que pierde su función garantista y protectora. Las normas se aplican de manera selectiva y la justicia se subordina al poder político. Esto da lugar a una forma de criminalidad institucional discrepante en la que actos formalmente legales producen efectos materialmente ilegítimos.

El **culto a la personalidad** cumple una función criminológica relevante. La exaltación del líder actual o anterior como un ídolo, diluye la responsabilidad individual de los funcionarios y normaliza el abuso como parte de una misión histórica y la

lucha revolucionaria. La figura del dictador se presenta como superior a las reglas comunes, lo que facilita la aceptación social de privilegios, excesos y violaciones sistemáticas.
Finalmente, se observa una **tendencia a la proyección paranoide**. El dictador interpreta el entorno político como un espacio permanentemente hostil, situación que él mismo creo con su discurso político y su animadversión a los contrarios. Esta percepción alimenta purgas internas, persecuciones preventivas y narrativas de conspiración, que llegan a convencer a sus seguidores y adeptos. Esta patología refuerza la lógica de la violencia anticipada y justifica la represión antes de la existencia real del conflicto, que finalmente se justifica con hechos que nunca sucedieron, ni estaban pasando.

La dictadura genera condiciones propicias para múltiples formas de criminalidad. Aumenta la cifra negra del delito, debilita la confianza en las instituciones y favorece la consolidación de redes de corrupción. La ausencia de controles efectivos permite la coexistencia entre poder político y economías ilícitas, bajo esquemas de protección selectiva. El discurso de orden y estabilidad suele ocultar un escenario de desorden administrado, donde la inseguridad se mantiene en niveles funcionales al control político. Desde esta perspectiva, la dictadura gestiona el crimen y los ilícitos de acuerdo a los intereses del poder.

El dictador representa un fenómeno criminológico complejo, caracterizado por el ejercicio ilimitado del poder, la normalización del daño y la institucionalización de la violencia. Su perfil combina rasgos psicológicos, conductuales y estructurales que transforman al Estado en un instrumento de dominación personal.
Este breve análisis permite comprender que la dictadura no se sostiene únicamente por la fuerza, ya que es una construcción sistemática de miedo, dependencia al discurso, pero sobre todo de pasividad social. El daño producido no siempre es inmediato ni visible, y suele manifestarse de manera profunda en la erosión de la legalidad, la dignidad humana y la cohesión social. Entender al dictador desde esta óptica resulta fundamental para analizar los riesgos de **regresión autoritaria** y para diseñar políticas criminales orientadas a la prevención del abuso de poder, recordando que la violencia más persistente no siempre es la más visible; es aquella que se vuelve parte del funcionamiento cotidiano del Estado… ese mismo que el pueblo eligió.

Lic. Daniel René Jiménez Cortés. Criminólogo, politólogo e investigador especializado en análisis de inteligencia y seguridad. Cuenta con experiencia instrucción de agentes de inteligencia, además es consultor y asesor en inteligencia para agencias gubernamentales en México.

Poe Rubem Chaves Barreto Júnior

La República del Sello Supremo

México, enero 2026

Durante muchos años Brasil fue conocido como el país del fútbol, del carnaval y de la capacidad casi sobrenatural de transformar el absurdo en rutina. En los últimos tiempos, sin embargo, un nuevo título empezó a disputarse con entusiasmo institucional: el de laboratorio mundial de la creatividad jurídica. Un lugar donde los conceptos se estiran, las palabras cambian de sentido y la lógica pide permiso antes incluso de que empiece la sesión.

Es en ese escenario donde surge uno de los episodios más emblemáticos de la historia reciente: el domingo 8 de enero de 2023, una fecha que, según quién la cuente, puede describirse como vandalismo, rebelión simbólica o el golpe de Estado más curioso jamás imaginado.

Según la versión oficial, Brasil habría enfrentado un intento de golpe sin generales, sin tanques, sin cuarteles movilizados, sin armas, sin comando central y con vendedores ambulantes trabajando con total normalidad. Tal vez el primer golpe de la historia cuyo mayor riesgo provenía del azúcar del algodón de azúcar.

¿Hubo vandalismo? Sí. ¿Hubo destrucción del patrimonio? Sí. Pero ¿desde cuándo el desorden pasó a ser sinónimo automático de ruptura institucional?

En cualquier país mínimamente razonable, estos actos serían tratados como delitos individuales: daño al patrimonio, invasión, disturbios. En Brasil, en cambio, la imaginación jurídica decidió ir más allá. Mucho más allá. Se creó un nuevo territorio conceptual: el delito de intención presumida.
No importa lo que la persona hizo. Importa lo que alguien supone que podría haber pensado en hacer. Así nace el ciudadano culpable por suposición.

Tras la dispersión del caos, llegó el segundo acto. Personas fueron conducidas a ómnibus bajo promesas de ***"identificación"*** y ***"clasificación"***. Muchos creyeron que se trataba de un procedimiento administrativo. Al fin y al cabo, ¿quién imagina ser detenido en masa, sin acusación individualizada, en pleno Estado Democrático de Derecho? Ingenuidad imperdonable.

El Brasil moderno no detiene solo cuerpos. Detiene narrativas. Cientos pasaron a vivir prisiones preventivas que dejaron de significar prevención y pasaron a representar tiempo indeterminado. Abogados reclamaban falta de acceso. Familias buscaban respuestas. Y el Poder Judicial, sereno y silencioso, parecía decir: ***"Confíen. Sabemos lo que estamos haciendo. O al menos sabemos lo que estamos diciendo que estamos haciendo"***.

Se instaló el nuevo normal. Sin decreto de excepción. Sin estado de sitio. Nada tan burdo. El método brasileño es más

elegante: todo se hace como si fuera normal. Audiencias sin audiencias. Procesos colectivos sin individualización. Detenciones prolongadas con justificaciones genéricas. Decisiones monocráticas que reemplazan el debate público.

Surge entonces la figura del Poder Judicial como tutor de la democracia — incluso cuando, para protegerla, necesita suspenderla temporalmente.

La lógica es simple: para salvar la democracia, a veces hay que impedir que funcione. El Poder Legislativo habla poco. El Ejecutivo camina en puntas de pie. Y el Judicial habla por todos.

Nunca antes una institución había acumulado con tanta naturalidad el poder de investigar, acusar, juzgar, castigar, definir qué es verdad, etiquetar qué es mentira y además orientar el comportamiento aceptable de la sociedad. Lo que antes eran tres poderes hoy se parece más a una banda solista con dos coristas tímidos.

Todo se hace ***"en nombre de la democracia"***. Si cuestionas, sos una amenaza. Si criticás, es un ataque institucional. Si preguntas, es desinformación. Si insistís, es extremismo.

La democracia brasileña se volvió tan frágil que solo sobrevive cuando nadie la contradice.

El debate político real desapareció. Ya no se discuten ideas ni proyectos: se discute quién tiene permiso para hablar. Los derechos pasaron a depender de la conveniencia institucional. Y cuando los derechos se vuelven relativos, nadie está verdaderamente protegido. El cañón que hoy apunta hacia un lado, mañana simplemente gira el trípode.

Mientras tanto, el ciudadano común observa confundido. No quiere golpes ni caos. Solo quiere vivir, trabajar, quejarse del precio del café y putear a los políticos en el almuerzo del domingo — una costumbre nacional ancestral que ahora parece exigir cuidado semántico. En el Brasil contemporáneo, incluso la ironía puede interpretarse como una amenaza al orden constitucional.

La sátira se volvió un artículo de lujo. Periodistas caminan sobre cáscaras de huevo. Humoristas hacen cálculos jurídicos antes del chiste. Docentes eligen palabras como quien cruza un campo minado. El miedo no llega con botas: llega con un fallo.

Y todo esto ocurre sin tanques en la calle. El país logró algo inusual: control sin apariencia de control. Una versión pulida, técnica, llena de ***"considerandos"***. No hay censura, dicen: solo moderación. No hay persecución, afirman: solo protección de la democracia. No hay abuso, garantizan: solo interpretación constitucional dinámica.

Así, lentamente, la excepción se convierte en regla. La regla en detalle. Y el detalle en pie de página. Tal vez el mayor logro reciente no sea condenar personas, sino redefinir el significado de las palabras.

Golpe se volvió sentimiento. Prueba se volvió convicción. Libertad se volvió concesión. El ciudadano sigue intentando entender en qué momento dejó de ser titular de derechos para pasar a ser objeto de análisis.

No se trata de defender el vandalismo. Se trata de preguntarse qué ocurre cuando el Estado empieza a actuar sin límites claros.

Las instituciones fuertes no necesitan aplastar para demostrar autoridad. Solo necesitan respetar la ley — incluso cuando eso da trabajo. El Poder Judicial debería ser el último escudo contra el abuso, no su arquitecto.

Al final, queda la pregunta que resuena en las mesas del bar y en los pensamientos que no se escriben: Si todo puede ser considerado una amenaza a la democracia… ¿quién decide qué es realmente la democracia? La respuesta, al parecer, ya fue dada. Y llegó en forma de fallo.

Rubem Chaves Barreto Júnior.

Lic. Alfredo Garza del Ángel

La Profanación de la Inocencia: “Homo sacra res homini” en la Lolita de Nabokov

México, enero 2026

Una Nota antes del preámbulo…

La inspiración para este análisis no surge de la academia, sino del impacto visceral que provoca la realidad cuando imita a la ficción más oscura. Recientemente, circularon fotografías que condensan el horror de la explotación moderna: partes de cuerpos femeninos en la adolescencia, con inscripciones y algunas citas de la novela de los años cincuenta denominada ***“Lolita”***, dichos textos se atribuyen al puño y letra de **Jeffrey Epstein**. Esas imágenes no son solo un registro fotográfico; es la evidencia de una marca de propiedad, una etiqueta de ***“mercancía”*** impuesta sobre la piel de un ser humano.

Ver esa fotografía obliga a cuestionar la fragilidad de nuestra ética frente al poder y la obsesión. Es un recordatorio de que el mito literario de **Nabokov** no se quedó en las páginas de una novela, sino que ha sido utilizado por depredadores reales para romantizar y codificar el abuso. Esa marca en la piel es la negación absoluta del individuo, la reducción de una persona a un alias literario para el placer de un captor.

Frente a esta cosificación extrema, surge la necesidad de recuperar la brújula moral del humanismo. Por ello, este artículo busca contrastar la máxima de **Séneca** con la realidad de la depredación, analizando cómo el olvido de la dignidad ajena nos devuelve al estado más primitivo de nuestra naturaleza

Preámbulo…

Lo que yo llamaría ***“El Conflicto entre la Ética y la Estética”*** Cuando **Séneca** escribió en sus Epístolas morales a Lucilio la máxima ***“Homo sacra res homini”*** (**El hombre es algo sagrado para el hombre**), no solo estaba dictando una norma de cortesía social, sino estableciendo un pilar fundamental del humanismo, la idea de que cada individuo posee una dignidad intrínseca que prohíbe su uso como mero instrumento. Siglos después, en 1955, **Vladimir Nabokov** publicó **Lolita**, una obra que, bajo el velo de una prosa deslumbrante, explora precisamente lo que sucede cuando un hombre decide ignorar esa sacralidad en pos de una obsesión estética y carnal.

El choque entre estos dos conceptos es total. Mientras que la frase de **Séneca** eleva al ser humano a una categoría de respeto casi religioso, la conducta de Humbert, el protagonista de la novela, rebaja a su víctima a la categoría de objeto, de ***“ninfeta”*** y, en última instancia, de posesión.

1. La Sacralidad según Séneca frente al Solipsismo de Humbert

Para entender la magnitud de la falta de **Humbert**, debemos comprender qué significa que el hombre sea ***“sagrado”***. Para el estoicismo de **Séneca**, el ser humano es sagrado porque comparte la razón y la naturaleza social. Tratar al otro como res sacra implica reconocer su autonomía, su capacidad de sentir y su derecho a existir fuera de nuestras proyecciones.

Humbert es el ejemplo definitivo del solipsista. Para él, la única realidad válida es la que ocurre dentro de su mente. **Dolores Haze** no existe para él como una niña con miedos, intereses o un futuro propio; ella existe solo como ***“Lolita”***, una criatura mítica que él ha inventado para satisfacer su vacío existencial. Al hacer esto, **Humbert** comete el pecado capital contra la máxima de **Séneca**: despoja a **Dolores** de su humanidad para convertirla en un fetiche. La ***“cosa sagrada”*** es reemplazada por el ***“objeto de deseo”.***

2. El Lenguaje como Herramienta de Deshumanización

Uno de los aspectos más fascinantes y peligrosos de **Lolita** es la voz narrativa. **Humbert** es un hombre culto, un esteta que maneja el lenguaje con una destreza casi divina. Utiliza la belleza de las palabras para seducir al lector y justificar lo injustificable. Aquí radica una perversión de la idea de **Séneca**: **Humbert** intenta ***“santificar”*** su crimen a través del arte.

Sin embargo, el uso que **Humbert** hace del lenguaje es, en realidad, un acto de violencia. Al renombrar a **Dolores** como ***“Lolita”***, está borrando su identidad real. **Dolores** es el

nombre del dolor y de la realidad; **Lolita** es el nombre de la fantasía. Al insistir en su visión poética, **Humbert** ignora sistemáticamente el sufrimiento de la niña. La sacralidad del ser humano exige ver la verdad del otro, pero **Humbert** prefiere la mentira hermosa. Como resultado, la novela se convierte en un registro detallado de cómo la retórica puede ser utilizada para pisotear la dignidad humana.

3. La Infancia Arrebatada: La Ruina de la Res Sacra

Séneca argumentaba que el respeto al prójimo es la base de una sociedad sana. En **Lolita**, vemos la destrucción de una vida en tiempo real. El viaje por las carreteras de Estados Unidos es, en esencia, el encarcelamiento de un ser humano sagrado en la voluntad de otro.

Humbert se lamenta a menudo de su propia agonía, de su ***"ardiente deseo"***, pero rara vez se detiene a considerar el impacto destructivo de sus acciones en **Dolores**. Ella es obligada a vivir una vida de adulta, a ser amante y prisionera, a saltarse las etapas naturales de su desarrollo. La violación de la máxima ***"Homo sacra res homini"*** se manifiesta aquí como el robo del tiempo y de la identidad. **Dolores Haze** deja de ser una persona con agencia para convertirse en una extensión de los deseos de su captor.

4. El Despertar Final y la Culpa

Es solo hacia el final de la novela cuando **Humbert** experimenta un destello de comprensión sobre la sacralidad que ha violado. Al ver a una **Dolores** embarazada, agotada y envejecida prematuramente por la dureza de la vida, **Humbert** comprende que lo que él amaba no era a ella, sino a la imagen que él había proyectado.

En un pasaje desgarrador, **Humbert** escucha los sonidos de unos niños jugando en un valle y se da cuenta de que "***la cosa desesperadamente triste no era que Lolita no estuviera a mi lado, sino que su voz no estaba en ese concierto de juegos***". En ese momento, **Humbert** reconoce que ha destruido algo que debería haber sido intocable. Ha profanado la res sacra. Su confesión final no es un acto de amor, sino el reconocimiento de un vacío ético que ninguna palabra elegante puede llenar.

Estimado lector permíteme concluir: Del Humanismo a la Depredación

La lectura de **Lolita** bajo la lente de **Séneca** nos permite ver la obra no como una simple historia de transgresión, sino como una profunda meditación sobre la ética humana. La novela de **Nabokov** nos advierte que el arte y la inteligencia, desprovistos de la compasión y del reconocimiento de la dignidad ajena, pueden convertirse en herramientas de opresión.

Humbert fracasa en el ideal de ver al prójimo como algo sagrado. En su lugar, transforma el afecto en cacería y el hogar en una jaula. A pesar de sus modales de caballero y su vasta cultura, **Humbert** termina personificando la cara más oscura de nuestra especie. Al final, cuando la máscara de la belleza cae y solo queda el rastro de una infancia devastada, la obra nos recuerda amargamente que, cuando el hombre olvida la divinidad en el otro, se cumple la sentencia de **Plauto** y **Hobbes**: ***"Homo homini lupus"***.

Lic. Alfredo Garza del Ángel.

Por Jasmin Monserrat Graciano Rocha

¿"Generaciones de cristal" o generaciones castigadas?

Un análisis fiscal, laboral y social del salario y el empleo juvenil en México

México, enero 2026

En el debate público contemporáneo se ha vuelto cada vez más común la idea de que las nuevas generaciones —**principalmente millennials y generación Z**— ***"no quieren trabajar"***, evitan las jornadas largas y priorizan su bienestar personal por encima del esfuerzo. Desde esta narrativa, se les acusa de falta de ambición y de no querer competir en el mercado laboral. Sin embargo, este discurso suele omitir un elemento central: las condiciones materiales, fiscales y estructurales bajo las cuales hoy se trabaja en México.

Más que un problema de actitud generacional, la evidencia muestra que el empleo juvenil se desarrolla en un entorno de bajos salarios, alta informalidad y políticas económicas que no logran traducir el crecimiento nominal en bienestar real. La pregunta, entonces, no es por qué las juventudes rechazan ciertos empleos, sino qué tan atractivo resulta hoy el mercado laboral para quienes intentan incorporarse a él.

Juventudes en México: un peso demográfico subutilizado De acuerdo con la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (**ENOE**) del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (**INEGI**), en el primer trimestre de 2025 México contaba con aproximadamente 30.4 millones de personas entre 15 y 29 años, lo que representa alrededor del **23.3 %** de la población total del país. Lejos de ser un grupo marginal, se trata de un sector clave para la sostenibilidad económica y social.

De este universo, **52.3 %** forma parte de la población económicamente activa, es decir, jóvenes que trabajan o buscan empleo, mientras que **47.7 %** no realiza actividad

económica. Entre quienes están fuera del mercado laboral se encuentran personas que estudian, realizan labores de cuidado no remuneradas, se encuentran desalentadas por la falta de oportunidades o simplemente no logran insertarse en un mercado que no tiene espacios suficientes para absorberlas.

Este dato es fundamental: el problema no es la falta de jóvenes, sino la incapacidad estructural del sistema económico para integrarlos en condiciones dignas y estables.

Salarios juveniles: trabajar ya no garantiza vivir mejor

Uno de los principales factores detrás del desencanto laboral juvenil es el nivel salarial. Los datos más recientes de la **ENOE** muestran que el ingreso promedio por hora trabajada entre personas jóvenes se mantiene en rangos bajos, cercanos al salario mínimo, lo que en una jornada completa apenas permite cubrir gastos básicos.

Aunque en términos nominales el salario mínimo ha aumentado de manera importante en los últimos años, en la práctica muchos jóvenes continúan percibiendo ingresos insuficientes frente al costo real de la vida, especialmente en zonas urbanas donde la renta, el transporte, la alimentación y los servicios absorben la mayor parte del ingreso mensual.

A esto se suma que alrededor de **58.8 %** de las y los jóvenes ocupados trabaja en la informalidad en 2025, sin acceso a seguridad social, prestaciones laborales ni mecanismos de ahorro para el retiro. En este contexto, el trabajo deja de ser una vía clara de movilidad social y se convierte, en muchos casos, en una estrategia de mera supervivencia.

El mito de la competencia y la meritocracia

El discurso meritocrático parte de la idea de que el esfuerzo individual se recompensa de forma proporcional. Sin embargo, la experiencia laboral de las juventudes contradice esta premisa. La mayoría de los empleos disponibles para jóvenes se concentra entre uno y dos salarios mínimos, incluso para personas con estudios técnicos o universitarios. La informalidad fragmenta las trayectorias laborales e impide la acumulación de derechos, antigüedad y estabilidad.

Además, se exige experiencia previa como requisito de entrada, pero rara vez se ofrecen oportunidades reales para adquirirla. En este escenario, no es el trabajador quien debe ***"competir"*** más, sino el salario y las condiciones laborales las que tendrían que justificar por qué vale la pena aceptar determinados esquemas.

Negarse a jornadas excesivas, a contratos precarios o a prácticas abusivas no es apatía ni falta de compromiso, sino una respuesta racional frente a un mercado laboral estructuralmente desigual.

Salario mínimo, impuestos y límites estructurales

El aumento al salario mínimo ha sido una de las políticas laborales más relevantes de los últimos años. De acuerdo con la Comisión Nacional de los Salarios Mínimos (**CONASAMI**), el salario mínimo general pasó de 88 pesos diarios en 2018 a más de 240 pesos diarios en 2024, nivel que se mantiene vigente en 2025.

No obstante, el incremento nominal no siempre se traduce en una mejora real del bienestar. Esto se explica por varios factores: el peso de los impuestos indirectos, como el **IVA**, que afecta de manera regresiva a quienes destinan la mayor parte de su ingreso al consumo básico; el aumento sostenido en los precios de alimentos, transporte y vivienda; y la ausencia de incentivos fiscales sólidos para la creación de empleo formal dirigido a jóvenes.

Desde una perspectiva fiscal, el problema no es únicamente cuánto se paga de salario, sino cómo se redistribuye el ingreso y qué tan efectivos son los servicios públicos para compensar la carga económica de quienes menos ganan.

Programas públicos y empleo juvenil

Programas como Jóvenes Construyendo el Futuro han buscado facilitar la inserción laboral mediante esquemas de capacitación subsidiada. Si bien han beneficiado a millones de personas, diversas evaluaciones públicas indican que una proporción significativa de quienes participan no logra incorporarse de manera permanente al empleo formal una vez concluido el apoyo.

Esto evidencia una limitación estructural: la capacitación, por sí sola, no genera empleos de calidad. Sin una política industrial, fiscal y laboral articulada, los programas temporales solo posponen el problema sin resolver la precariedad de fondo que enfrentan las juventudes.

El costo real del trabajo juvenil

El trabajo no se mide únicamente en horas, sino en lo que se sacrifica a cambio: tiempo de vida invertido frente a ingresos insuficientes, ausencia de seguridad social y pensiones futuras, e imposibilidad de acceder a vivienda, ahorro o estabilidad económica. Cuando trabajar no garantiza independencia ni bienestar, cuestionar el sistema no es debilidad, sino conciencia social.

Conclusión

Las nuevas generaciones no han dejado de creer en el trabajo; han dejado de creer en un sistema que no recompensa de manera justa el esfuerzo. Más que un conflicto cultural, estamos frente a un problema fiscal, laboral y político que exige repensar salarios, impuestos y políticas públicas desde una lógica de justicia social.

No se trata de pedirle a las juventudes que compitan más, sino de construir un mercado laboral que realmente valga la pena habitar.

Pasante de Derecho Lic. Jasmin Monserrat Graciano Rocha, egresada de la Universidad en Movimiento (Umov), actualmente estudiante de la Maestría en Derecho Fiscal, Asesora Jurídica de Raíces-Mexiutopic, miembro del Colectivo *"Esencia Violeta"*.

Por Inés B. Mariani

La geopolítica del show, o como controlarnos.

Madrid, España, enero de 2026

La escena se repite con una precisión casi coreográfica: una amenaza geopolítica súbita, titulares alarmistas, indignación moral perfectamente distribuida entre aliados y adversarios, y una ciudadanía que consume el conflicto como si se tratara de una disputa espontánea entre voluntades nacionales irreconciliables. Sin embargo, la mayor ilusión política de nuestra época es seguir creyendo que estos conflictos televisados son choques reales de intereses soberanos y no episodios funcionales dentro de una dramaturgia mucho más amplia. La reciente ***"amenaza"*** en torno a Groenlandia no puede leerse con ingenuidad diplomática: no es un exabrupto ni un error de cálculo, sino un catalizador cuidadosamente activado.

La lógica es conocida por cualquiera que observe el poder más allá de sus discursos. Se fabrica un problema externo, preferentemente simple y emocionalmente eficaz, para provocar una reacción previsible. Esa reacción —**la indignación europea, el cierre de filas retórico, el llamado a la defensa de la soberanía**— no es el objetivo, sino el medio. El verdadero fin es habilitar una solución que, en condiciones normales, sería políticamente inviable: más centralización, más cesión de competencias, más poder supranacional concentrado en estructuras opacas y técnicamente justificadas. La crisis no interrumpe el proceso político; lo acelera.

Groenlandia no importa por su bandera ni por su población, sino por lo que yace bajo su hielo. Las tierras raras no son un detalle técnico, sino el nervio material de la próxima fase del poder. Sin esos minerales no hay transición energética, no hay industria digital, no hay inteligencia artificial, no hay dispositivos inteligentes ni sistemas de control a gran escala. Quien controla esos recursos no solo domina cadenas de valor, sino que define los límites de lo posible. Mientras el debate público se distrae con gestos nacionalistas y cruces diplomáticos, la verdadera agenda —**el aseguramiento de insumos estratégicos**— avanza sin escrutinio democrático.

Este desvío no es accidental. El ruido externo cumple una función política precisa: legitimar el control interno. Cada tensión **"inesperada"** refuerza la narrativa de la inseguridad permanente, y con ella la necesidad de nuevas herramientas de gestión social. Las monedas digitales de bancos centrales, presentadas como innovación financiera o defensa de la soberanía monetaria, encuentran su justificación en escenarios de crisis. La identidad biométrica global, vendida como solución técnica a la inseguridad y al fraude, se normaliza cuando el miedo reemplaza al debate. El caos siempre llega primero; el control, después, como respuesta racional e inevitable.

No estamos ante una ruptura real del bloque occidental, sino ante su reconfiguración. La prospectiva estratégica no apunta

a un divorcio transatlántico, sino a una síntesis forzada a través de crisis administradas. Estados que aparentan confrontar terminan convergiendo en un mismo modelo de gobernanza: tecnocrático, gerencial, post-democrático. Un modelo donde las decisiones fundamentales se desplazan de la política visible a la gestión técnica, donde la ciudadanía se convierte en una variable a administrar y no en un sujeto soberano que decide.

Este tipo de poder no necesita dictaduras clásicas ni golpes espectaculares. Funciona mejor envuelto en lenguaje de eficiencia, sostenibilidad y seguridad. La escasez —**energética, climática, económica**— no se presenta como un problema político a resolver colectivamente, sino como una condición natural que exige administración experta. En ese marco, la democracia se vuelve lenta, ruidosa, obsoleta. La tecnocracia aparece entonces como destino inevitable, no como elección ideológica.

La pregunta final no es retórica, aunque incomode. Si cada amenaza geopolítica termina invariablemente en mayor concentración de poder, más vigilancia y menos control ciudadano, ¿quién se beneficia realmente del caos que nos venden como conflicto? No son los pueblos que discuten banderas en redes sociales ni los Estados que simulan indignación en conferencias de prensa.

El beneficio se acumula en estructuras que no se presentan a elecciones, que no rinden cuentas y que prosperan precisamente cuando el miedo sustituye al pensamiento crítico. El conflicto es el método. La gestión total, el objetivo. Y mientras sigamos confundiendo el teatro con la realidad, seguiremos aplaudiendo nuestra propia jaula.

Dra. Inés B. Mariani, socióloga, docente en la Universidad Complutense de Madrid

---

Por Iván M. Vargas

“No me enoja el aumento, me enoja el hecho de saber que sube de precio un servicio tan malo.”

¿Fue una mala elección el hecho de que el gobierno subiera de costo del pasaje sin tomar en cuenta la cantidad de ómnibus que usa cada usuario y sin tener el precedente de cuánto es el sueldo general de los usuarios?

El gobierno sin tener en cuenta el problema que se echó a la espalda al momento de quitar concesiones de buses, solo demostraron que son insuficientes sus respuestas ante una demanda tan alta de transporte público ya que ellos afirmaron que mejorarían el servicio el cual nunca han cumplido. Y ¿Quién sufre las consecuencias? Pues obviamente ***“la vox populi”***, ***“la plebe”***, el usuario. El que tiene que trabajar más tiempo extra para poder pagar los costos de su pasaje, el que tiene que esperar bajo la lluvia hasta que pase el bus, porque el auto de plataforma sale muy caro y descompleta su semana para su familia, comer, subsistir o mejor dicho sobrevivir.

¿En realidad el gobierno se preocupa por el transporte y el usuario? Como lo hemos visto en campaña tras campaña, cada partido anuncia mejoras e inversiones millonarias pero al final solo dejan arrumbado el proyecto, pero, ¡eso sí!, toda la inversión sí la declaran. Podríamos decir que se preocupan hasta donde sus intereses alcancen ya que no es raro ver cada vez más, y más gente con patín eléctrico, motocicleta, bicicleta o un automóvil.

Y sí partimos desde ese punto, es algo que ha estado pasando con todos los partidos y en todos los Estados ya que no hay ninguno que hasta el momento reporte que tiene la mejor movilidad o un decremento en sus flujos o congestiones viales.

¿Pero por qué deberíamos preocuparnos? Pues simplemente por el hecho de toda la contaminación en diferentes ramas que se origina por el aumento de automóviles pero sobre todo porque aunque haya más carreteras y más avenidas, no dejarás de desperdiciar tanto tiempo, tantos momentos, tanta calidad de vida en el tráfico.

Y después de tanto criticar, ¿hay algo que se pueda remediar? Viendo todas las afectaciones que se han hecho por el transcurso de las diferentes administraciones y campañas, podría empezarse con una nueva estructuración en las rutas y horarios y que no es nada nuevo que tenemos que empezar por ahí. Pero hasta parece que es todo un reto, ya que regularmente proponen que el ómnibus pase en un horario más tarde pero nunca más temprano y con regularidad. La verdad es que hubo una empresa en Aguascalientes que tuvo la iniciativa de esta magnitud; incluso hizo cosas que nunca nadie se había atrevido o que nunca las habían imaginado. Así que por lo pronto es bueno saber que lo que se pide por parte del usuario no es imposible porque alguien ya pudo hacerlo. – Esa historia se cuenta en otro artículo.

Pero como íbamos proponiendo desde un principio, el hecho de las mejoras puede hacerse sin tanta inversión y sin tanto

merito a invertir en tecnología de otros países. Últimamente habían salido en algunos Estados que para las mejoras del transporte se ocupa una tarjeta que ocupa datos sensibles del usuario. Y esto, ¿Con que fin podría usarse? ¿En qué ayuda al usuario? Bueno, pues el gobierno comenta que es para un descuento en el pasaje del usuario. Pero el solo hecho de imaginar que caen datos sensibles para el gobierno es darnos cuenta como quieren mantener todo controlado excepto lo que en verdad importa. En un tiempo no muy lejano podremos ser testigos de un tráfico exagerado y un ***"hoy no circula"*** todo porque no se están tomando las medidas necesarias para que fluyan mejor las rutas y pase cada 7 minutos y no cada hora como lo hacen hasta el momento.

¿Acaso México podría mejorar y ser el pionero en el transporte? Claro que sí, tiene todo para ser el mejor en esta rama. Tiene un transporte que llega hasta cada rincón del Estado. Pero lo único que le falta es ser más firme en continuar y dar un servicio continuo; ya que como sabemos en todos lados hay escasez de choferes pero aquí podrían mejorar salarios y en automático dejan de batallar por personal.

Sólo el tiempo nos mostrará sí en México haya estados que quieran mejorar la calidad de transporte porque al mejorar la calidad de transporte se mejora la calidad de vida.

Iván M. Vargas es Licenciado en Administración de empresas, emprendedor y librepensador con una pizca filantrópica y con más de 10 años de experiencia en transporte.

Por Mercedes De La Cruz

Movilidad social

El capitalismo contemporáneo atraviesa una mutación profunda que ya no puede explicarse únicamente en términos de ciclos económicos o crisis financieras. Lo que hoy se observa es un proceso estructural de concentración de ingresos y de oportunidades que redefine la forma misma en que las sociedades se organizan y se proyectan hacia el futuro. La brecha que se abre entre quienes acumulan riqueza y quienes apenas sobreviven no es solo una diferencia de ingresos: es una fractura en las posibilidades de vida, en el acceso al progreso y en la expectativa misma de movilidad social.

Durante gran parte del siglo XX, al menos en Occidente, el capitalismo se legitimó a través de una promesa central: el ascenso social. La idea de que el esfuerzo, el trabajo y la educación permitían mejorar la posición económica y simbólica de una generación respecto de la anterior fue el núcleo del contrato social implícito. Hoy esa promesa aparece erosionada. Las estadísticas muestran que nacer en un hogar pobre condiciona cada vez más el destino de una persona, mientras que la riqueza tiende a reproducirse casi intacta entre quienes ya la poseen.

La automatización y el desarrollo tecnológico, lejos de funcionar como herramientas de liberación universal, se han convertido en potentes aceleradores de desigualdad. Los avances en inteligencia artificial, robotización y digitalización reemplazan mano de obra a una velocidad muy superior a la capacidad de los sistemas educativos y productivos para reconvertir a los trabajadores desplazados. El resultado es un mercado laboral más precario, segmentado y excluyente, donde una minoría altamente calificada concentra ingresos crecientes, mientras amplios sectores quedan atrapados en empleos inestables o directamente fuera del sistema.

Esta dinámica produce un fenómeno aún más inquietante: la desigualdad de expectativas. Ya no se trata solo de cuánto se gana, sino de quién puede imaginar un futuro mejor y quién ha perdido incluso esa posibilidad. Cuando el ascenso social se vuelve excepcional, el mérito deja de ser una narrativa creíble y es reemplazado por la herencia, el capital previo y las redes de poder. En ese contexto, la frustración social se transforma en desafección política, resentimiento y, muchas veces, en el terreno fértil para discursos autoritarios.

El capitalismo, en su forma actual, parece haber roto el equilibrio entre eficiencia económica y cohesión social. Sin mecanismos fuertes de redistribución, regulación del capital y protección del trabajo, el sistema tiende a consolidar una sociedad dual: una élite con acceso ilimitado a oportunidades y una mayoría condenada a la supervivencia. La pérdida del ascenso social no es solo un problema económico; es una amenaza directa a la democracia y al tejido simbólico que sostiene la idea misma de comunidad. Recuperar esa movilidad no es una cuestión nostálgica, sino una condición indispensable para cualquier proyecto de futuro compartido.

Mercedes De La Cruz. Estudiante de administración y finanzas Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM)

EL PODER

El fracaso ya no se atribuye a estructuras sociales, sino a insuficiencias personales. La dominación se interioriza como autoexigencia.

Héctor A. Leis